

CRISTIANDAD

Año XVIII - Núm. 370

BARCELONA

DICIEMBRE 1961

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA

Depósito legal: B. 15860 - 1958

PAZ Y UNIDAD

Homilia de S. León I, el Magno

NAVIDAD

Siglo V - Siglo XX

La generación de Cristo es el origen del pueblo cristiano, como el nacimiento de la cabeza lo es a la vez de todo el cuerpo. Ciertamente que cada uno de los cristianos ha venido a la fe por distintos órdenes y que todos los hijos de la Iglesia están separados por las distintas épocas en que existieron, pero todo el conjunto de los fieles, nacidos en la fuente bautismal, así como han sido crucificados con Cristo, resucitados en su resurrección, colocados a la derecha del Padre en su ascensión, del mismo modo han sido engendrados con él en este su nacimiento.

(...)

La grandeza del don que se nos ha dado exige de nosotros una reverencia a tono con su importancia. Ya que, según dice el Apóstol, *no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el espíritu que procede de Dios, para que sepamos qué clase de dádivas hemos recibido* (I Cor., 2, 17); el cual no puede ser honrado piadosamente, sino ofreciéndole lo mismo que de su bondad hemos recibido. ¿Y qué cosa podemos hallar en los tesoros de la largueza del Señor más en consonancia con el homenaje debido a la presente festividad que la paz anunciada por los ángeles por primera vez en el nacimiento del Señor? Ella es la que engendra los hijos de Dios, la que fomenta el amor y produce la unidad. Ella es el reposo de los bienaventurados y la morada de la eternidad, cuyo principal oficio y especial beneficio es unir a Dios a los que ha separado del mundo. Y por lo mismo el Apóstol nos anima a tan gran bien, diciendo: *Justificados, pues, por la fe, mantengamos la paz con Dios* (Rom., 5, 1). En tan breves palabras se contienen en resumen todos los mandamientos, porque donde estuviere la verdadera paz no puede faltar ninguna virtud. ¿Qué es, queridísimos, estar en paz con Dios, sino querer lo que él manda y no querer lo que prohíbe? Y si en las amistades humanas se mantiene un mismo carácter y parecida voluntad o querer, hasta el punto que la divergencia en las costumbres nunca reporta una avenencia sólida, ¿cómo podrá participar de la paz de Dios aquel a quien desagrade lo que a Dios agrada y pretende deleitarse en aquello y con lo que sabe le ofende? No es éste el espíritu de los hijos de Dios, ni la nobleza de hijo adoptivo permite tal proceder. Este linaje real y

escogido corresponda a la dignidad de su origen, ame lo que su padre ama y no discrepe en nada del parecer de su autor, no sea que diga de nuevo el Señor: *Engendré hijos y los encumbré, ellos, sin embargo, me despreciaron. El buey reconoce a su dueño; y el asno, el pesebre de su amo; pero Israel no me ha reconocido y mi pueblo no me ha comprendido* (Is., 1, 2).

Grande es, carísimos, el misterio de este don y supera a todas las cosas la gracia de que Dios llame hijo al hombre y el hombre invoque con nombre de padre a Dios. Por medio de tales denominaciones se comprende cómo el afecto puede subir a tan grande sublimidad. Si en los linajes carnales y en las estirpes terrenas los vicios de una vida depravada empañan la fama aun de los hijos de padres nobles, y precisamente por esto el resplandor de sus mayores confunde a los hijos indignos, ¿cuál será el fin de los que no tienen inconveniente en renegar por su amor al mundo de la generación de Cristo? Si entre los hombres es tenido por digno de loa el que la honradez de los padres resplandezca en sus descendientes, ¡cuánto más glorioso será que en los nacidos de Dios resalte la imagen de su amor, mostrando en su alma al que los ha engendrado, pues dice el Señor: *Brille vuestra luz ante los hombres que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos!* (Mt., 3, 16). Sabemos de cierto que, conforme al testimonio del Apóstol San Juan, *el mundo entero está fundado sobre el mal* (Jo., 5, 19) y diablo, ayudado de sus ángeles malos, trabajan con innumerables tentaciones para que el hombre dispuesto a escalar el cielo se aterrorice con las adversidades o se enerve con la prosperidad; pero es más poderoso el que está en nosotros que el que lucha contra nosotros y no puede ganar ninguna batalla ni dañar con ningún conflicto a los que tienen paz con Dios y dicen siempre de todo corazón al Padre: *Hágase tu voluntad* (Mt., 6, 10). Si nosotros mismos nos acusamos mediante la propia confesión y si además negamos nuestra alma a los deseos de la carne, nos atraeremos las enemistades del que es autor del pecado, pero aseguramos una paz inalterable con Dios sirviendo a su gracia, no estando sometidos a nuestro Rey únicamente por la obediencia, sino también mediante el propio juicio; porque si tenemos unanimidad de pensamientos, si lo que él quiere queremos nosotros, y lo que reprueba reprobamos, él luchará por nosotros todas las batallas; él, que nos dio el querer, nos dará también el poder, y cooperaremos a sus obras y diremos el dicho profético llenos del regocijo de la esperanza: *El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré? El Señor es el defensor de mi vida, ¿de quién tendré miedo?* (Ps., 26, 1).

SUMARIO

Paz y unidad. Homilía de S. León I, el Magno.

Encíclica "Aeterna sapientia" de S. S. Juan XXIII en el MD aniversario de San León Magno.

La Navidad en la Corte de Aragón y las "Ordinacions" de Pedro IV, por M.^a Asunción López Suñé.

La última vuelta al mundo del judío errante, por Manuel de Igartúa, S. I.

Ocho días en Israel, por José M.^a Martínez-Marí.

Entre los yanquis y el soviét, por Jesús Sáinz Mazpule.

Novela social y novela soviética, por Francisco Salvá Miquel.

Encíclica

«ÆTERNA DEI SAPIENTIA»

EN EL UMBRAL DEL CONCILIO VATICANO II, JUAN XXIII CONMEMORA
EL MD ANIVERSARIO DE SAN LEÓN I, EL MAGNO,
DEFENSOR DE LA UNIDAD DE LA IGLESIA

Introducción

La eterna sabiduría de Dios, que “se extiende, con poderío, de una punta a la otra del mundo, y que con bondad gobierna todo el universo” (1), parece haber impreso con singular esplendor su imagen en el alma de San León I, Sumo Pontífice. Pues “grandísimo entre los grandes” (2), como justamente lo llamó nuestro predecesor Pío XII, de venerada memoria, apareció dotado en manera extraordinaria de intrépida fortaleza y paternal bondad. Por este motivo Nos, llamados por la Divina Providencia a sentarnos en la Cátedra de Pedro, que San León Magno tanto ilustró con la prudencia en el gobierno, con la riqueza de doctrina, con su magnanimidad y con su inagotable caridad, sentimos el deber, venerables hermanos, con ocasión del decimoquinto centenario de su venturoso tránsito, de recordar sus virtudes y méritos inmortales, seguros, como estamos, de que esto contribuirá notablemente al provecho general de las almas y a la exaltación de la religión católica. Pues la grandeza de este Pontífice no se debe únicamente al gesto de intrépido coraje, con que él, inerme, revestido solamente con la majestad del Sumo Sacerdote, hizo frente en el 452 al feroz Atila, rey de los hunos, junto al río Mincio, y lo convenció para que se retirara más allá del Danubio. Fue indudablemente un gesto noble, digno de la misión pacificadora del Pontificado Romano; pero en realidad no representa más que un episodio y una prueba de una vida enteramente dedicada al bien religioso y social no solamente de Roma y de Italia, sino de la Iglesia universal.

S. León Magno, Pontífice, Pastor y Doctor de la Iglesia Universal

A su vida y a su laboriosidad se pueden bien aplicar las palabras de la S. Escritura: “La vida del justo es como la luz del alba que va creciendo hasta el mediodía” (3), con sólo considerar tres aspectos distintivos

y característicos de su personalidad: fiel servidor de la Sede Apostólica, Vicario de Cristo en la tierra, Doctor de la Iglesia Universal.

Fiel servidor de la Sede Apostólica

“León, toscano de nacimiento, hijo de Quinzianno”, como nos informa el *Liber Pontificalis* (4), nace hacia el final del siglo IV. Pero habiendo vivido en Roma desde su primera juventud, justamente puede llamar a Roma su patria (5), donde todavía joven fue adscrito al clero romano, llegando hasta el grado de diácono. En el espacio que va desde el 430 al 439 ejerció un influjo considerable en los negocios eclesiásticos, prestando sus servicios al Pontífice Sixto III. Tuvo relaciones amistosas con San Próspero de Aquitania y con Casiano, fundador de la célebre abadía de San Víctor en Marsella; de éste, autor de la obra contra los nestorianos *De Incarnatione Domini* (6), León recibió un elogio verdaderamente singular tratándose de un simple diácono: “Honor de la Iglesia y del Sagrado Ministerio” (7). Mientras se encontraba en Francia, enviado por el Papa a instancias de la corte de Rávena, para solucionar el conflicto entre el patricio Aecio y el prefecto Albino, murió Sixto III. Fue entonces cuando la Iglesia de Roma pensó que no podía confiar a un hombre mejor el puesto de Vicario de Cristo, que al diácono León, que se había revelado tanto como seguro teólogo como hábil diplomático. Recibió, pues, la consagración episcopal el 29 de septiembre de 440, y su pontificado fue uno de los más largos de la antigüedad cristiana, e indudablemente uno de los más gloriosos. Murió en noviembre del 461 y fue sepultado en el pórtico de la Basílica de San Pedro. El Papa San Sergio I mandó trasladar, en el 688, sus restos mortales junto a “la roca de Pedro”; después de la construcción de la nueva Basílica fueron colocados debajo del altar a él dedicado.

(1) *Sap.* 8, 1.

(2) Cfr. *Sermo habitus die 12 oct. anno 1952, in Discorsi e Radiomessaggi*, XIV, p. 358.

(3) *Prov.* 4, 18.

(4) Cfr. Ed. Duchesne, I, 238.

(5) Cfr. *Ep.* 31, 4, Migne, PL 54, 794.

(6) Migne, PL 59, 9-272.

(7) *De Incarn. Domini, contra Nestorium libr. VII, prol. PL* 50, 9.

Y ahora, queriendo sencillamente indicar el carácter sobresaliente de su vida, no podemos dejar de proclamar que rara vez el triunfo de la Iglesia sobre sus enemigos espirituales fue tan glorioso como durante el pontificado de San León. Pues en el curso del siglo v brilla en el cielo de la cristiandad como una estrella resplandeciente. Tal afirmación en ningún sentido puede ser desmentida, especialmente si se considera el campo doctrinal de la fe católica; pues en él, su nombre se encuentra unido al de San Agustín de Hipona y al de San Cirilo de Alejandría. Efectivamente, si San Agustín reivindicó contra la herejía pelagiana la absoluta necesidad de la gracia para vivir santamente y conseguir la salvación eterna, si San Cirilo de Alejandría, contra las erróneas afirmaciones de Nestorio, propugnó la divinidad de Jesucristo y la divina maternidad de la Virgen María, San León, por su parte, heredero de la doctrina de estas dos insignes lumbreras de la Iglesia de Oriente y Occidente, fue el primero de todos sus contemporáneos en afirmar estas fundamentales verdades de la fe católica. Como San Agustín es aclamado por la Iglesia como Doctor de la gracia, y San Cirilo Doctor de la Encarnación, San León es celebrado por todos como el Doctor de la unidad de la Iglesia.

Pastor de la Iglesia Universal

Basta, en efecto, tender una rápida mirada sobre su prodigiosa actividad de pastor y escritor, a través del largo período de su pontificado, para convencerse de que fue el portaestandarte y el defensor de la unidad de la Iglesia, tanto en el campo doctrinal como en el disciplinar. Si después pasamos al campo litúrgico, se advierte fácilmente que promovió la unidad del culto, componiendo, o al menos inspirando, algunas de las más devotas oraciones, que se contienen en el llamado *Sacramentario Leoniano* (8).

También intervino con prontitud y autoridad en la controversia sobre la unidad o duplicidad de naturaleza en Jesucristo, obteniendo el triunfo de la verdadera doctrina relativa a la Encarnación del Verbo de Dios: hecho éste que inmortalizó su nombre para la posteridad. Se recuerda con este motivo la famosa *Carta a Flaviano*, obispo de Constantinopla, en la cual San León, con admirable claridad y propiedad, expone la doctrina sobre el Misterio de la Encarnación del Hijo de Dios, según la enseñanza de los profetas, del Evangelio, de los escritos apostólicos y del símbolo de la fe (9). De la cual parece oportuno recordar las siguientes expresiones dignas de ser esculpidas: "Permaneciendo, pues, íntegras las propiedades de una y otra naturaleza de la única persona, fue asumpta por la majestad divina la nimiedad humana, la debilidad por el poder, la mortalidad por la eternidad, y con el fin de satisfacer el débito de nuestra condición, la naturaleza inmutable se unió a una naturaleza pasible, de manera tal que, como justamente convenía para nuestra salvación, el único e insustituible mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, pudiese, de esta forma, morir según una naturaleza, pero no según la otra. Por tanto, el Verbo, asumiendo la naturaleza íntegra y perfecta de verdadero hombre, nació verdadero Dios,

completo en sus divinas propiedades y completo también en las nuestras" (10).

Pero no se limitó a esto. A la carta a Flaviano en la cual había extensamente expuesto "cuanto la Iglesia católica universalmente creía sobre el Misterio de la Encarnación del Señor" (11), San León añadió la condena del Concilio de Efeso en el 449. En él, acudiendo a la ilegalidad y a la violencia se pretendía hacer triunfar la errónea doctrina de Eutique, el cual "muy desconsiderado y demasiado ignorante" (12) se obstinaba en no querer reconocer más que una sola naturaleza, la divina, en Jesucristo. Con derecho el Papa llamó a tal concilio "latrocinio" (13), puesto que, contraviniendo las claras disposiciones de la Sede Apostólica, había osado por todos los medios "atacar la fe católica" (14) y reforzar "la herejía del todo opuesta a la religión cristiana" (15).

El nombre de San León Magno está ligado, sobre todo, al célebre Concilio de Calcedonia del 451, cuya convocatoria, solicitada por el emperador Marciano, fue aceptada por el Pontífice solamente con la condición de que fuera presidido por sus legados (16). Este Concilio, venerables hermanos, constituye una de las páginas más gloriosas de la historia de la Iglesia católica. Pero no Nos parece necesario hacer un recuerdo detallado, ya que a esta grandiosa asamblea, durante la cual triunfaron con igual esplendor la verdadera fe en las dos naturalezas del Verbo encarnado y el Primado de Magisterio del Romano Pontífice, nuestro predecesor Pío XII dedicó una de sus más celebradas encíclicas, en el decimoquinto centenario de tan memorable suceso (17).

No aparece menos evidente la solicitud de San León por la unidad y la paz de la Iglesia, cuando retrasó su aprobación a las actas del Concilio. Este retraso no se debe a negligencia ni a una razón cualquiera de carácter doctrinal, sino — como después declaró él mismo — a que con ello pretendió oponerse al canon 28, en el cual los padres conciliares, a pesar de la protesta de los legados pontificios y con el evidente deseo de procurarse la benevolencia del emperador de Bizancio, habían reconocido a la Iglesia de Constantinopla el primado sobre todas las iglesias de Oriente. Esta disposición era para San León como una abierta afrenta contra los privilegios de otras Iglesias más antiguas y más ilustres, reconocidas también por los padres del Concilio de Nicea, y además constituía un perjuicio para el prestigio de la

(10) "*Salva igitur proprietate utriusque naturae et substantiae, et in unam coeunte personam, suscepta est a maiestate humilitas, a virtute infirmitas, ab aeternitate mortalitas; et ad resolvendum conditionis nostrae debitum, natura inviolabilis naturae est unita passibili: ut, quod nostris remediis congruebat, unus atque idem mediator Dei et hominum, homo Iesus Christus, et mori posset ex uno, et mori non posset ex altero. In integra ergo veri hominis perfectaque natura verus natus est Deus, totus in suis totus in nostris*". Ibid. col. 759.

(11) "...quid catholica Ecclesia universaliter de sacramento Dominiacae incarnationis crederet et doceret". Cfr. Ep. 29, ad Theodosium august. PL 54, 783.

(12) Cfr. Ep. 28, PL 54, 756.

(13) Cfr. Ep. 95, 2, ad Pulcheriam august. PL 54, 943.

(14) Cfr. Ibid.

(15) Cfr. Ibid.

(16) Cfr. Ep. 89, 2, ad Marcianum imper. PL 54, 931; Ep. 103, ad Episcopos Galliarum. PL 54, 988-991.

(17) Litt. Encycl. *Sempiternus Rex*, 8 sep. 1951, A. A. S. a. XXXIII, vol. 18, p. 625-644.

(8) Migne, PL 55, 21-156.

(9) Cfr. Ibid. 54, 757.

misma Sede Apostólica. Este peligro, más que en las palabras del canon 28, había sido entrevisto agudamente por San León en el espíritu que las había dictado, como resulta claramente de las dos cartas, una de las cuales fue dirigida a él por los obispos del Concilio (18), y otra dirigida por él al emperador. En esta última, rechazando la argumentación de los padres conciliares, de esta forma amonesta: "Es distinto el gobierno de las cosas del mundo al de las cosas de Dios; no hay estable estructura, fuera de la *pedra*, que el Señor ha colocado como fundamento (Mateo, 16, 18). Perjudica sus propios derechos el que habla de lo que no le respecta" (19). La dolorosa historia del cisma que separó de la Sede Apostólica a tantas Iglesias de Oriente, demuestra claramente — como se deduce de lo citado — el fundamento de los temores de San León con respecto a las futuras divisiones en el seno de la cristiandad.

Sería incompleta nuestra exposición sobre el celo pastoral de San León por la unidad de la Iglesia católica, si no recordásemos también, aunque rápidamente, su intervención en la cuestión relativa a la fecha de la Pascua, como su vigilante solicitud, para que las relaciones entre la Sede Apostólica y los príncipes cristianos estuvieran animadas por la recíproca estima, confianza y cordialidad. Siempre mirando por la paz de la Iglesia exhortó frecuentemente a los príncipes a cooperar con el episcopado "por la plena unidad católica" (20), mereciendo de Dios así, "además de la corona real, la palma del Sacerdocio" (21).

Luminar de doctrina

Además de pastor vigilante de la grey de Cristo y animoso defensor de la fe ortodoxa, San León es celebrado por los siglos como Doctor de la Iglesia, esto es, expositor y campeón excelente de la verdad divina, de la que todo Romano Pontífice es centinela e intérprete. Esto se confirmó con las palabras de nuestro inmortal predecesor Benedicto XIV, que en la bula *Militantis Ecclesiae*, con la que proclama a San León Doctor de la Iglesia, le tributó este espléndido elogio: "Por su eminente virtud, por su sabiduría, por su celo intachable, mereció de los antiguos el apelativo de León Magno. La excelencia de su doctrina, lo mismo para ilustrar los más altos misterios de nuestra fe y defenderlos contra los errores, que para formular normas disciplinarias y morales, juntamente con la singular majestad y riqueza de su verbo sacerdotal, brilla y se distingue de tal manera, ensalzado también por las alabanzas de tantos hombres y por la exaltación entusiástica de los Concilios, de los Padres y de los escritores eclesiásticos, que Pontífice tan sabio no se queda atrás, en fama o en estima, de ninguno de los santos Doctores que han florecido en la Iglesia" (22).

Su fama de Doctor se atribuye a las *Homilias* y a las *Cartas*, que la posteridad nos ha conservado en número

(18) Cfr. C. Kirch, *Enchir. fontium hist. eccl. antiquae*, Friburgi in Br. 4 ed. 1923, n. 943.

(19) "Alia tamen ratio est rerum saecularium, alia divina-rum; nec praeter illam petram, quam Dominus in fundamento posuit (Matth. 16, 18), stabilis erit ulla constructio. Propria perdit, qui indebita concupiscit". Ep. 104, 3, ad Marcianum imper. PL 54, 995; cfr. Ep. 106, ad Anatolium, episc. Constant. PL 54, 995.

(20) Ep. 114, 3, ad Marcianum imper. PL 54, 1022.

(21) *Ibid.*

(22) Migne, PL 55, 337-340.

no pequeño. El tema de las *Homilias* abarca diversos problemas, casi todos en conexión con el ciclo de la Sagrada Liturgia. En estos escritos se revela, no tanto como exégeta, dedicado a la exposición de un determinado libro inspirado, ni como teólogo, gustoso de profundas especulaciones en torno a la verdad divina, sino, sobre todo, como un expositor fiel, perspicuo y abundante de los misterios cristianos, siguiendo las interpretaciones transmitidas por los Concilios, los padres y, sobre todo, los Pontífices, sus antecesores. Su estilo es sencillo y grave, elevado y persuasivo, digno como ningún otro de ser tenido como modelo perfecto de clásica elocuencia. Sin embargo, no sacrifica a la elegancia de la dicción la exactitud de la expresión de la verdad; no habla o escribe para hacerse admirar, sino para iluminar las mentes e inflamar los corazones para conformar la vida práctica con la verdad profesada.

En las *Cartas* que ejercitando su oficio de Supremo Pastor dirigió a los obispos, príncipes, sacerdotes, diáconos y monjes de la Iglesia universal, San León manifiesta dotes excepcionales de hombres de gobierno, espíritu perspicaz y sumamente práctico, voluntad pronta a la acción, firmeza en las bien maduras decisiones, corazón abierto a la comprensión paternal, culmen de la caridad que San Pablo aconseja a todos los cristianos como "el camino mejor" (23). ¿Cómo no reconocer que tales sentimientos de justicia y misericordia, de fortaleza unida a la clemencia, nacían en su corazón justamente de la misma caridad que el Señor pedía a Pedro antes de confiarle la custodia de sus corderos y de sus ovejas? (24). Procuró siempre hacer de sí mismo una copia fiel del Buen Pastor, Cristo Jesús, como se deduce del siguiente pasaje: "Tengamos, por un lado, mansedumbre y clemencia; por otro, rigor y justicia. Y puesto que todos los caminos del Señor son de misericordia y verdad (fidelidad) (Ps. 24, 10), por la bondad que es propia de la Sede Apostólica estamos obligados a regular de tal manera nuestras decisiones que — bien ponderada la naturaleza de los delitos, cuya catalogación es diversa —, procuremos que unas sean para absolver y otras para extirpar" (25). Tanto las *Homilias*, pues, como las *Cartas* constituyen un documento elocuentísimo del pensamiento y de los sentimientos, de las palabras y de las actividades de San León, siempre preocupado por asegurar el bien de la Iglesia, en la verdad, en la concordia y en la paz.

El XV centenario leoniano y el Concilio Vaticano II

Venerables hermanos, en la inminencia del Concilio Vaticano II, en el cual los obispos, unidos en torno al Romano Pontífice y en íntima comunión con él, darán al mundo entero un más espléndido espectáculo de la unidad católica, conviene más que nunca recordar, aunque rápidamente, las elevadas ideas que San León tuvo de la unidad de la Iglesia. Este recuerdo será, al mismo

(23) 1 Cor. 12, 31.

(24) Cfr. *Io.* 21, 15-17.

(25) "Circumstant nos hinc mansuetudo clementiae, hinc censura iustitiae. Et quia universae viae Domini, misericordia et veritas, cogimur secundum Sedis Apostolicae pietatem ita nostram temperare sententiam, ut trutinato pondere delictorum, quorum utique non una mensura est, quaedam credamus ut-cumque toleranda, quaedam vero penitus amputanda". Ep. 12, 5, ad Episcopos africanos, PL 54, 652.

tiempo, un homenaje a la memoria del sapientísimo Pontífice y, en la proximidad del gran acontecimiento, alimento espiritual para las almas de los fieles.

La unidad de la Iglesia en el pensamiento del Santo

Ante todo, San León nos enseña que la Iglesia es una, porque uno es su Esposo, Jesucristo: "Tal es, en efecto, la Iglesia virgen, unida a un solo Esposo, Cristo, que no admite ningún error; por esto en todo el mundo nos gozamos de una sola casta e íntegra unión" (26). El Santo defiende también que esta admirable unidad de la Iglesia comenzó con el nacimiento del Verbo encarnado, como aparece en estas expresiones: "Es, pues, la Natividad de Cristo la que determina el origen del pueblo cristiano, el nacimiento de la Cabeza es también el nacimiento del Cuerpo. Además, aunque cada uno de los llamados (a la fe) viva en su época, aunque todos los hijos de la Iglesia estén distribuidos a lo largo de todos los tiempos; sin embargo, el conjunto de los fieles, nacidos en la fuente bautismal, de la misma manera que fueron crucificados con Cristo en su pasión, resurgieron en su resurrección, están colocados a la diestra del Padre desde su ascensión, de esta misma manera fueron coengendrados en su nacimiento" (27). En este misterioso nacimiento del cuerpo de la Iglesia" (28) ha participado íntimamente María, gracias a su virginidad, fecundada por obra del Espíritu Santo. Por esto, San León ensalza a María como "Virgen, esclava y madre del Señor" (29), "Madre de Dios" (30) y "Virgen Perpetua" (31).

Además, el sacramento del Bautismo, observa también San León, no solamente hace a todo cristiano miembro de Cristo, sino también partícipe de su realeza y de su sacerdocio espiritual: "Todos aquellos, pues, que han sido regenerados en Cristo, han sido hechos también reyes por el signo de la Cruz y consagrados sacerdotes por la unción del Espíritu Santo" (32). El sacramento de la Confirmación, llamado "santificación del cisma" (33), corrobora tal asimilación a Cristo como cabeza, mientras en la Eucaristía ésta encuentra su complemento: "La participación de la sangre y el cuerpo de Cristo no hace otra cosa que transformarnos en lo que comemos; y llevamos en todo, en el cuerpo como en el alma, al mismo,

con el cual hemos muerto, hemos sido sepultados y resucitado" (34).

Pero se advierte bien que para San León no puede haber perfecta unión de los fieles con Cristo cabeza y de los fieles entre sí, como miembros de un mismo organismo visible, si a los vínculos espirituales de las virtudes, del culto y de los sacramentos no se añade la profesión externa de la misma fe: "Gran sostén es la fe íntegra, la fe verdadera, a la cual nada puede ser añadido ni quitado por nadie, porque la fe, si no es única, no existe de hecho" (35). Porque a la unidad de la fe le es indispensable la unión de los maestros de la verdad divina, esto es, la concordia de los obispos entre sí en comunión y sumisión al Romano Pontífice: "La conexión de todo el cuerpo es lo que da origen a su salud y a su belleza; y esta misma conexión, si requiere la unanimidad, exige, sobre todo, la concordia de los sacerdotes. Estos tienen en común la dignidad sacerdotal, pero no el mismo grado de poder; porque también entre los Apóstoles hubo igualdad de honor, pero diferencia de poder, en cuanto que a todos fue común la gracia de la elección, pero a uno sólo le fue concedido el derecho de preeminencia sobre los demás" (36).

El Obispo de Roma, centro de la unidad visible

Centro, pues, y gozne de la unidad visible de toda la Iglesia católica es el Obispo de Roma, como sucesor de San Pedro y Vicario de Jesucristo. Las afirmaciones de San León no son otra cosa que el eco fiel de los testigos evangélicos y de la perenne tradición católica, como aparece en el pasaje siguiente: "En todo el mundo solamente Pedro fue elegido para ser el encargado de la evangelización de todas las gentes, entre todos los Apóstoles y entre todos los Padres de la Iglesia; de modo que, aunque en relación al pueblo de Dios seamos muchos los pastores y muchos los sacerdotes, todos, sin embargo, están gobernados propiamente por Pedro, como principalmente lo están por Cristo. De forma maravillosa y admirable, queridísimos, Dios se dignó hacer partícipe a este hombre de su poder; y si quiso que los demás tuvieran también alguna cosa de común con él, lo que concedió a los demás siempre lo concedió por medio suyo" (37). Sobre esta verdad, que es fun-

(26) "Illa est enim virgo Ecclesia, sponsa unius viri Christi, quae nullo patitur errore vitari; ut per totum mundum una nobis sit unius castae communionis integritas". Ep. 80, 1, ad Anatolium, episc. Constant. PL 54, 913.

(27) "Generatio enim Christi origo est populi christiani, et natalis Capitis natalis est corporis. Habeant licet singuli quique vocatorum ordinem suum, et omnes Ecclesiae filii temporum sint successione distincti, universa tamen summa fidelium, fonte orta baptismatis, sicut cum Christo in passione crucifixi, in resurrectione resuscitati, in ascensione ad dexteram Patris collocati, ita cum ipso sunt in hac nativitate congeniti". Serm. 26, 2, in Nativ. Domini, PL 54, 213.

(28) Col. 1, 18.

(29) Ep. 165, 2, ad Leonem imper. PL 54, 1157.

(30) Cfr. Ibid.

(31) Serm. 22, 2, in Nativ. Domini, PL 54, 195.

(32) "Omnes enim in Christo regeneratos, crucis signum effit reges, Sancti veru Spiritus unctio consecrat sacerdotes". Serm. 4, 1, in Nativ. Domini, PL 54, 149; cfr. Serm. 64, 6, de Passione Domini, PL 54, 357; Ep. 69, 4, PL 54, 870.

(33) Serm. 66, 2, de Passione Domini, PL 54, 365-366.

(34) "Non enim aliud agit participatio Corporis et Sanginis Christi, quam ut in id quod sumimus transeamus; et ni quo comortiu, et consepulti, et conresuscitati sumus, ipsum per omnia et spiritu et carne gestemus". Serm. 64, 7, de Passione Domini, PL 54, 357.

(35) "Magnum praesidium est fides integra, fides vera, in qua nec augeri ab ullo quidquam, nec minui potest: quia nisi una est, fides non est". Serm. 24, 6, in Nativ. Domini, PL 54, 207.

(36) "Connexio totius corporis unam sanitatem, unam pulchritudinem facit; et haec connexio totius quidem corporis unanimatem requirit, sed praecipue exigit concordiam sacerdotum. Quibus cum dignitas sit communis, non est tamen ordo generalis: quoniam et inter beatissimos apostolos in similitudine honoris fuit discretio potestatis; et cum omnium par esset electio, uni tamen datum est ut caeteris praemineret". Ep. 14, 11, ad Anastasium, episc. Thessal. PL 54, 676.

(37) "De todo mundo unus Petrus eligitur, qui et universarum gentium vocationi, et omnibus apostolis, cunctisque Ecclesiae Patribus praepnatur: ut quamvis in populo Dei multi sacerdotes sint multique pastores, omnes tamen proprie regat Petrus, quos principaliter regit et Christus. Magnum et mirabile, dilectissimi, huic viro consortium potentiae suae tribuit divina dig-

damental para la unidad católica, la del vínculo divino, indisoluble entre el poder de Pedro y el de los Apóstoles, San León cree oportuno insistir: "Se extiende ciertamente también a los demás Apóstoles este poder de atar y desatar (Mat. 14, 19), y fue transmitido a todos los cabezas de la Iglesia; pero no en vano se recomienda a una sola persona lo que debe ser comunicado a los demás. Pues este poder se le confía a Pedro singularmente, justamente, porque la figura de Pedro está por encima de todos los que gobiernan la Iglesia" (38).

Prerrogativas del magisterio de San Pedro y de sus sucesores

Pero el Santo Pontífice no olvida el otro vínculo esencial de la unidad visible de la Iglesia, el supremo e infalible magisterio, reservado personalmente a San Pedro y a sus sucesores por el Señor: "El Señor se preocupa particularmente de Pedro, y ora de manera especial por la fe de Pedro, como si la perseverancia de los demás estuviera plenamente garantizada, si el cabeza permanece invicto. En Pedro, por esto, se encuentra salvaguardada la fortaleza de todos y la concesión de la gracia divina sigue este orden: la fortaleza que por medio de Cristo es concedida a Pedro se confiere a los demás Apóstoles a través de Pedro" (39).

Lo que San León afirma con tanta claridad e insistencia de San Pedro lo asegura también de sí mismo, no por el estímulo de la ambición humana, sino por la íntima persuasión que tiene de ser, el Príncipe de los Apóstoles, el Vicario de Cristo mismo, como aparece en este pasaje de sus sermones: "No es para nosotros motivo de orgullo la solemnidad con que, llenos de agradecimiento a Dios por sus dones, celebramos el aniversario de nuestro sacerdocio; porque con toda sinceridad confesamos que todo el bien realizado por Nos en el desarrollo de nuestro ministerio es obra de Cristo, y no nuestra, que no podemos nada sin Él pero de Él Nos gloriamos, de quien proviene toda la eficacia de nuestro trabajo" (40). Con esto San León, lejos de pensar que San Pedro sea extraño al gobierno de la Iglesia, desea, a su vez, asociar a la confianza en la perenne asistencia de su divino fundador, la confianza en la protección de

San Pedro, de quien se profesa heredero y sucesor, y "de quien hace las veces" (41). Por esto a los merecimientos del Apóstol, más que a los propios, atribuye los frutos de su universal ministerio. Lo cual, entre otras cosas, está claramente probado por las siguientes expresiones: "Por tanto, si hacemos algún bien, si obtenemos algo de la misericordia de Dios con la oración cotidiana, se debe a las obras y a los merecimientos de Él; en su sede perdura todavía su poder, domina su autoridad" (42).

En realidad, San León no enseña nada nuevo. Al par que sus predecesores San Inocencio I (43) y San Bonifacio I (44), y en perfecta armonía con los conocidos textos evangélicos, por él mismo comentados (Mat. 16, 17; Luc. 22, 31-32; Jo. 21, 15-17), está persuadido de haber recibido de Cristo mismo el mandato del supremo ministerio pastoral. Afirma, en efecto: "La solicitud que debemos tener con todas las iglesias tiene su origen principalmente en un mandato divino" (45).

Grandeza espiritual de Roma

No hay, por tanto, que maravillarse si San León ama asociar a la exaltación del Príncipe de los Apóstoles la de la ciudad de Roma. He aquí cómo se expresa en el sermón en honor de los Santos Pedro y Pablo: "Estos son, en verdad, los héroes por obra de los cuales brilló en ti, Roma, el Evangelio de Cristo...; éstos son los que te levantaron hasta esta gloria de ciudad santa, de pueblo escogido, de ciudad sacerdotal y regia; de manera que, en virtud de la sagrada sede de Pedro, capital del mundo, extiendes tu imperio con la religión divina más que lo extendiste con la dominación humana. Fuiste, en verdad, poderosa por muchas victorias, afirmaste por tierra y mar el derecho del imperio; pero el que te ganó los hechos guerreros es mucho menos que el que te ha ganado la paz cristiana" (46). Recordando después a sus oyentes el espléndido testimonio manifestado por San Pablo sobre la fe de los primeros cristianos de Roma, el gran Pontífice con esta exhortación les estimula a conservar inmaculada, limpia de toda mancha y error, su fe católica: "Vosotros, pues, queridos por Dios y dignos de la aprobación apostólica, a los que el Apóstol Pablo, doctor de las gentes, dice: Vuestra fe es celebrada en todo el mundo (Rom. 1, 8), custodiad lo que, como sa-

natio; et si quid cum eo commune caeteris volvit esse principibus, numquam nisi per ipsum dedit volvit quidquid aliis non negavit." Serm. 4, 2, de natali ipsius, PL 54, 149-150.

(38) "Transivit quidem etiam in alios apostolos ius potestatis istius (hoc est, ligandi atque solvendi) et ad omnes Ecclesiae principes decreti huius constitutio commevit; sed non frustra uni commendatus, quod omnibus intimetur. Petro enim ideo hoc singulariter creditur, quia cunctis Ecclesiae rectoribus Petri forma praeponitur". Ibid. col. 151; cfr. Serm. 83, 2, in natali S. Petri Apost. PL 54, 430.

(39) "Specialis a Domino Petri cura suscipitur, et profide Petri proprie supplicatur, tamquam aliorum status certior sit futurus, si mens principis victa non fuerit. In Petro ergo omnium fortitudo munitur, et divinae gratiae ita ordinatur auxilium, ut firmitas quae per Christum Petro tribuitur, per Petrum apostolis conferatur". Serm. 4, 3, PL 54, 151-152; cfr. Serm. 83, 2, PL 54, 451.

(40) "Non est itaque nobis praesumptuosa festivitas qua suscepti sacerdotii diem divini muneris memores honoramus; quandoquidem pie et veraciter confitemur, quod opus ministerii nostri in omnibus quae recte agimus, Christus exsequitur; et non in nobis, qui sine illo nihil possumus, sed in ipso, qui possibilitas nostra est, gloriamur". Serm. 5, 4, de natali ipsius, PL 54, 154.

(41) Cfr. Serm. 3, 4, de nat. ipsius, PL 54, 147.

(42) "Si quia itaque a nobis recte agitur, recteque discernitur, si quid a misericordia Dei quotidianis supplicationibus obtinetur, illius est operum atque meritum, eius in sede sua vivit potestas et excellit auctoritas". Serm. 3, 3, de nat. ipsius, PL 54, 146; cfr. Serm. 83, 3, in nat. S. Petri Apost. PL 54, 432.

(43) Ep. 30, ad Concil. Milev. PL 20, 590.

(44) Ep. 13, ad Rufum episc. Thessaliae, 11 mart. 422, in C. Silva-Tarouca S. I. Epistolarum Romanorum Pontificum collect. Thessal. Romae 1937, p. 27.

(45) "Curam quam universis Ecclesiis principaliter ex divina institutione debemus". Ep. 14, 1, ad Anastasium, episcop. Thessal. PL 54, 668.

(46) "Isti enim sunt viri per quos tibi Evangelium Christi, Roma, resplenduit... Isti sunt qui te ad hanc gloriam provexerunt, ut gens sancta, populus electus, civitas sacerdotalis et regia, per sacram beati Petri sedem caput orbis effecta, latius praesideres religiones divina quam dominatione terrena. Quamvis enim multis aucta victoriis ius imperii tui terra marique protuleris, minus tamen est quod tibi bellicus labor subdidit, quam quod pax Christiana subiecit". Serm. 82, 1, in nat. Apost. Petri et Pauli, PL 54, 422-423.

béis, tan gran predicador sintió de vosotros. Ninguno se haga indigno de esta alabanza; de manera que ningún contagio de la impiedad de Eutiques contamine a los que, bajo la custodia del Espíritu Santo, en tantos siglos no han conocido herejía" (47).

Vasta resonancia de sus obras admirables

Las obras verdaderamente insignes desarrolladas por San León, como salvaguarda de la autoridad de la Iglesia de Roma, no fueron hechas en vano. Gracias al prestigio de su persona, la "ciudad del Apóstol Pedro" fue alabada y venerada no solamente por los obispos de Occidente, presentes en los Concilios reunidos en Roma, sino por más de quinientos miembros del Episcopado oriental reunidos en Calcedonia (48), y por los emperadores de Constantinopla (49). Antes, antes aún del célebre Concilio, Teodoreto, obispo de Ciro, había tributado en el año 449 al Obispo de Roma y a su escogida grey estos elevados elogios: "Vosotros tenéis el primer puesto en todo, por razón de las prerrogativas que adornan vuestra sede. Las otras ciudades, en efecto, se glorían por su grandeza o por el número de sus habitantes... El Dador de todo bien los ha concedido con sobreabundancia a vuestra ciudad. Puesto que ella es la más grande y la más ilustre de todas las ciudades, gobierna el mundo, es rica en población..., posee, además, los sepulcros de Pedro y Pablo, padres comunes y maestros de la verdad, que iluminan las almas de los fieles. Estas dos santas luminarias tuvieron su origen en Oriente y difundieron sus rayos por todas partes; pero por su espontánea voluntad pasaron el final de su vida en Occidente, y desde allí ahora iluminan al mundo. Ellos hicieron noble a vuestra sede; este es el culmen de vuestros bienes. Pero su Dios también ahora hace ilustre su sede, puesto que en ella ha puesto a vuestra santidad, que difunde los rayos de la verdadera fe" (50).

Las eximias alabanzas que los representantes de la Iglesia de Oriente tributaron a León, no fueron menos con motivo de su muerte. Pues la liturgia bizantina, en la fiesta del 18 de febrero, a él dedicada, lo exalta como "jefe de la ortodoxia, doctor adornado de piedad y majestad, estrella del universo, ornato de los ortodoxos, lira del Espíritu Santo" (51). También son significativos los elogios que al gran Pontífice tributa el Menologio Gelasiano: "Nuestro Padre León, admirable por sus muchas virtudes, la continencia y la pureza, consagrado obispo de la gran Roma, hizo muchas otras cosas dignas de su virtud; pero brilla su obra sobre todo por lo que respecta a la verdadera fe" (52).

(47) "Vos ergo, dilecti Deo et apostolico testimonio comprobati, quibus beatus apostolus Paulus, doctor gentium, dicit: Quoniam fides vestra annunatiatur in universo mundo custodite in vobis quod tantum praedicatorum agnoscitis sensisse de vobis. Nemo vestrum efficiatur huius laudis alienus, ut quos per tot saecula docente Spiritu Sancto haeresis nulla violavit, ne Euty-chianae quidem impietatis possint maculare contagia". Serm. 86, 3, tract. contra haer. Euty-chis. PL 54, 467.

(48) Mansi. Concil. ampliss. collect. VI, p. 913.

(49) Ep. 100, 3, Marciani imper. ad Leonem, episc. Romae, PL 54, 972; Ep. 77, 1, Pulcheriae aug. ad Leonem, episc. Romae, PL 54, 907.

(50) Ep. 52, 1, Theodoretii episc. ad Leonem, episc. Romae, PL 54, 847.

(51) Μηγαία τοῦ ὅλου ἐνιαυτοῦ III, Roma, 1896, pág. 612.

(52) Migne, PG 117, 319.

Súplica por el retorno de los hermanos separados

Deseamos repetir, venerables hermanos, que el coro de alabanzas a la santidad del Sumo Pontífice San León Magno, en la antigüedad fue concorde lo mismo en Oriente que en Occidente. ¡Vuelva él a escuchar el aplauso de todos los representantes de la ciencia eclesialística de las iglesias que no están en comunión con Roma!

Superando de esta forma la dolorosa diversidad de opiniones sobre la doctrina y la actividad pastoral del inmortal Pontífice, brillará con amplia luz la doctrina que ellos profesan: "No hay más que un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, el Hombre Jesucristo" (53).

En lo que a Nos respecta, como sucesor de San León en la sede episcopal de San Pedro, lo mismo que profesamos con él la fe en el origen divino del mandato de la universal evangelización y de la salvación confiado por Cristo a los Apóstoles y a sus sucesores, de la misma forma, a la par con él, tenemos el vivo deseo de ver a todos los pueblos entrar en el camino de la verdad, de la caridad y de la paz. Y es justamente con el fin de hacer a la Iglesia más idónea para cumplir en los tiempos presentes su excelsa misión por lo que Nos hemos propuesto convocar el II Concilio Ecueménico Vaticano, con la confianza de que la imponente reunión de la jerarquía católica no solamente reforzará los vínculos de la unidad en la fe, en el culto y en el gobierno, que son prerrogativas de la Iglesia verdadera (54), sino que atraerá, además, la atención de innumerables creyentes en Cristo y les invitará a acogerse junto al "Gran Pastor de la grey" (55), que ha confiado a Pedro y a sus sucesores su perenne custodia (56). Nuestro cálido llamamiento a la unidad quiere ser el eco de aquél, muchas más veces lanzado por San León en el siglo V, suplicando lo que pidió a los fieles de toda la Iglesia San Ireneo, que la Providencia Divina había llamado de Asia a regir la sede de Lyon y a ilustrarla con su martirio. Pues, después de haber reconocido la ininterrumpida sucesión de los obispos de Roma, herederos del poder mismo de los Príncipes de los Apóstoles (57), concluía exhortando: "Con esta Iglesia, a causa de su preeminente superioridad, debe estar de acuerdo toda la Iglesia, todos los fieles del universo; por la comunión con ella, todos los fieles (todas las cabezas de la Iglesia) han conservado la tradición apostólica" (58).

Pero nuestra llamada a la unidad quiere ser, sobre todo, el eco de la oración dirigida por nuestro salvador a su Padre divino en la Última Cena: "Porque todos seamos una sola cosa, como Tú, Padre, estás en Mí y Yo en Ti, también ellos sean una sola cosa" (59). Ninguna duda hay sobre la acogida de esta oración, así como fue acogido el sacrificio cruento del Gólgota. ¿Acaso el Señor no afirmó que su Padre siempre le escucha? (60). Por esto nosotros creemos que la Iglesia, por la cual Él ha orado y se ha inmolado en la Cruz, y a la cual ha

(53) 1 Tim. 2, 5.

(54) Cfr. Conc. Vat. I, Soss. III, cap. 3 de fide.

(55) Hebr. 13, 20.

(56) Cfr. Io. 21, 15-17.

(57) Cfr. Advers. haeres. 1. III, c. 2, n. 2, PG 7, 848.

(58) Ibid.

(59) Io. 17, 21.

(60) Cfr. Io. 11, 42.

prometido Su presencia perenne, ha sido siempre, y es, una, *santa, católica y apostólica*, así como fue instituida.

Sin embargo, como en el pasado, también debemos constatar con dolor que en el presente la unidad de la Iglesia no corresponde, de hecho, a la comunión de todos los creyentes en una sola profesión de fe y en una misma práctica de cultos y obediencia. Pero es motivo de ánimo y de dulce esperanza el espectáculo de los generosos y crecientes esfuerzos que por diversas partes se hacen, con el fin de restaurar la unidad, también visible, de todos los cristianos, para que dignamente respondan a la intención, al mandato y al deseo del Salvador. Conscientes de que la unidad es el aliento del Espíritu Santo en tantas almas de buena voluntad, no podrá plenamente y sólidamente realizarse hasta que no se haga, según la profecía del mismo Cristo, “un solo rebaño y un solo pastor” (61). Nos pedimos a nuestro mediador y abogado cerca del Padre (62) que conceda a todos los cristianos la gracia de reconocer las notas de su Iglesia verdadera, para llegar a ser sus hijos devotos. ¡Que se digne el Señor hacer levantar pronto la aurora de aquel día bendito de la universal reconciliación, en que un inmenso coro de amor jubiloso se eleve de la única familia de los redimidos cantando, agradeciendo a la misericordia divina, con el salmista, el “*ecce quam bonum et quam jucundum, habitare frates in unum*” (63).

El abrazo de paz entre los hijos del mismo Padre celestial, igualmente coherederos del mismo reino de la gloria, señalará la celebración del triunfo del cuerpo místico de Cristo.

Exhortación final

Venerables hermanos, el XV centenario de la muerte de San León Magno encuentra a la Iglesia en dolorosa situación, semejante a la que conoció en el siglo v. ¡Cuántos trabajos afligen en estos tiempos a la Iglesia, y repercuten en nuestro corazón paterno, como claramente predijo el Divino Redentor! Vemos que en muchas partes la “fe del Evangelio” (64) está en peligro, y no faltan tentativas que pretenden apartar, la mayor parte de las veces en vano, gracias a Dios, a los obispos, sacerdotes y fieles del centro de la unidad católica, de la Sede Romana. Pues bien: con el fin de conjurar tan graves peligros invocamos confiados sobre la Iglesia militante el patrocinio del Santo Pontífice, que tanto trabajó, escribió y sufrió por la causa de la unidad católica. Y a cuantos gimen pacientemente por la verdad y la justicia recordamos las confortadoras palabras que San León dirigió al clero, a las autoridades y al pueblo de Constantinopla: “Perseverad en el espíritu de la verdad católica y por medio nuestro recibid la exhortación apostólica. Porque a vosotros, Cristo, os dio la gracia no solamente de creer en Él, sino también de padecer por Él” (Filip. 1, 29) (65).

A todos los que viven en la unidad católica, Nos, que, indignamente, hacemos en la tierra las veces del Salva-

(61) *Ibid.* 10, 16.

(62) Cfr. 1 Tim. 2, 5; 1 Io. 2, 1.

(63) Ps. 132, 1.

(64) Cfr. Phil. 1, 27.

(65) “*State igitur in spiritu catholicae vertiatis, et apostolicam cohortationem ministerio nostri oris accipite*”. Ep. 50, 2, ad Constantinopolitanos, PL 54, 843.

dor Divino, hacemos nuestra su oración por sus discípulos y por todos los que creen en Él: “Padre Santo... Te pido porque lleguen a la perfecta unidad” (66). Pedimos para todos los hijos de la Iglesia la perfección de la unidad, la perfección que solamente la caridad, “que es vínculo de perfección” (67), puede dar. De la encendida caridad hacia Dios y del ejercicio siempre pronto, alegre y generoso de todas las obras de misericordia para con el prójimo, la Iglesia, templo de Dios vivo” (68), se llena en todos y cada uno de sus hijos de belleza sobrenatural. Por tanto, con San León os exhortamos: “Ya que todos los fieles y cada uno en particular constituyen un solo y mismo templo de Dios, es preciso que sea perfecto en cada uno como debe serlo perfecto en sí mismo; porque, también, si la belleza no es igual en todos los miembros ni los merecimientos iguales en una tan gran variedad de partes, el vínculo de la caridad, sin embargo, produce la comunión en la belleza. A los que un santo amor une, si no participan de los mismos dones de la gracia, gozan, sin embargo, evidentemente de sus bienes, y a los que aman no puede serles extraño, porque es aumentar las propias riquezas encontrar el gozo en el progreso de los demás” (69).

Al final de nuestra encíclica permítasenos renovar el ardiente deseo, que llenaba el corazón de San León, de ver a todos los redimidos por la sangre de Cristo reunidos en la misma Iglesia militante, resistir unidos e intrépidos a las potencias del mal, que de tantas partes continúan anenazando la fe cristiana. Porque “el pueblo de Dios es poderoso, cuando los corazones de todos los fieles están acordes en la unidad de la santa obediencia y en las filas de la milicia cristiana hay una igual preparación en todas partes, y todas tienen la misma defensa” (70). El príncipe de las tinieblas no prevalecerá si en la Iglesia de Cristo reina el amor: “Porque las obras del demonio son distribuidas con mayor poder cuando los corazones de los hombres están encendidos en la caridad a Dios y al prójimo” (71).

Sea la bendición apostólica confirmación de nuestras esperanzas y auspicio de las gracias divinas, que a todos vosotros, venerables hermanos, y a la grey confiada al celo ardiente de cada uno, de todo corazón impartimos.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 11 de noviembre de 1961, IV año de nuestro pontificado.

JUAN PP. XXIII

(66) Cfr. Io. 17, 11.20.23.

(67) Col. 3, 14.

(68) Cfr. 2 Cor. 6, 16.

(69) “*Cum igitur et omnes simul et singuli quique fidelium unum idemque Dei templum sint, sicut perfectum hoc in universis, ita perfectum debet esse in singulis: quia etsi non eadem est membrorum omnium pulchritudo, nec in tanta varietate partium meritorum potest esse parilitas, communionem tamen obtinet decoris connexio charitatis. In sancto enim amore consortes, etiamsi non iisdem utuntur gratiae beneficiis, gaudent tamen invicem bonis suis, et non potest ab eis extraneum esse quod diligunt, quia incremento ditescunt proprio, qui profectu laetantur alieno*”. Serm. 48, 1, de Quadrag. PL 54, 298-299.

(70) “*Tunc fit potentissimus Dei populus, quando in unitatem sanctae oboedientiae omnium fidelium corda conveniunt, et in castris militiae christianae similis ex omni parte praeparatio, et eadem est ubique munitio*”. Ep. 22, 2, PL 54, 441-442.

(71) “*Quia tunc opera diaboli potentius destruantur, cum ad Dei proximique dilectionem hominum corda revocantur*”. Ep. 95, 2, ad Pulcheriam angust. PL 54, 943.

LA NAVIDAD EN LA CORTE DE ARAGON Y LAS «ORDINACIONES» DE PEDRO IV

La solemnidad con que la corte catalano-aragonesa se celebraba el "Nadal" queda harto probada en las cuentas del *Libro de Tesoreria* (1) referentes a esta época del año. Las funciones religiosas alternaban con las divertidas representaciones de los juglares, largamente recompensadas por el soberano. La indumentaria real siempre suntuosa, se extremaba en estos días en que se adquiría *drap de color violat, d'or*, y de *camelot vermell i carmesí*; *pena blanca* y el *mantell catalanesch* para el indumento del rey; *fuylla d'or* para la cofia de perlas de *madona la Reyna*; *cendal* para su *capell de sol* y piezas de *tela de Doan* para los vestidos; *drap de Brocxelles de color de foch* para vestir a los infantes...

Comparando lo que representan las cuentas del mencionado libro en sus diversas partidas con los decretos y ordenaciones sobre leyes suntuarias (2) y prescripcio-

nes en pro de la sobriedad de las comidas (3) dados por reyes anteriores, puede apreciarse la evolución seguida hasta llegar al fausto extraordinario que a mitad del siglo xiv se observaba en el *Palau Major* de Barcelona, la *Aljaferia* de Zaragoza y demás moradas regias como el palacio de Perpiñán y el *vocato de Majorica*.

Este fausto, que contrasta notablemente con la sencillez de costumbres de la corte de Jaime I, parece que es debido a la influencia siciliana, y desde que empezó dicha influencia da la impresión de que cada reinado trata de superar al anterior.

En 1344 Pedro IV, el rey "de las cerimonias y del punyale", manifiesta una de las múltiples facetas de su compleja personalidad tomando el conjunto de las reglas escritas o consuetudinarias, que reyes anteriores recogieron y sancionaron para el buen régimen de sus res-



Fragmentos del retablo de plata regalado por Pedro IV al cenobio de Santa María de Salas, actualmente en la Catedral de Huesca.

pectivas cortes (4) y redacta las *ordenacions fetes per lo molt alt senyor en Pere terç* (5), *rey Darago* sobra lo regimient de tots los officials de la sua Cort.

No es su ánimo cohartar la marcha ascendente del fausto que rodea el ceremonial palatino ni disminuir el esplendor del vestuario y los paramentos externos, al contrario, afianzarlo, por eso se llama "el Ceremonioso", pero quiere realzar e informar a su gusto el proceso de los actos oficiales, tanto civiles como religiosos; regular según sus exigencias el cometido de los subalternos que tenían relación, próxima o remota, con su persona y actuación, tanto en el ejercicio de su gobierno real, como en el servicio de la intimidad familiar, es decir, imponer su voluntad con la misma energía a su mayordomo, a su sastre, al canceller, a los monjes y capellanes, a su lugarteniente y tesorero, como la impuso a los altivos nobles de Aragón rasgando sus privilegios con "el puyalet".

Sus "Ordenacions" se dividen en cuatro partes: la primera trata de los oficios inferiores: *Dels copers; Dels panicers, majors y comuns; ...Dels coyners majors; ...Del mesnesca; ...Dels falconers; ...Dels joglars*, etc.

La segunda se refiere a los que prestan servicios más personales. *Dels Camarlenschs... Dels Escuders y dels*

ajudans de cambra... Del barber... Dels metjes de Phisica y de Cirujia... Del sastre y seus coadjut-ors... De la Costurera... Dels Rebosters...

La tercera incluye la parte oficial y espiritual: *Del Cancellor y Vicencancellor... Del Offici de Protbonoari tinent los sagells... Dels Scribans y ajudants de scribania... Del Calfador de cera pels sagells... Del Confessor... Dels Monjes de la capella... Dels escolans... Dels correus...*

La quinta trata de los demás empleos y ceremonial de la capilla real en las diferentes fiestas.

Acaban las "Ordinacions" con dos capítulos referentes a la coronación de los reyes y reinas de Aragón: El primero reglamenta su propia coronación y la prescribe para sus sucesores: *Ordinacio feta per lo molt alt e molt excellent princep e senyor lo senyor en Pere terç, rey Darago de la manera con los reys Darago se faran consegrar e ells mateys se coronaran.*

El segundo confiere a los reyes el derecho de coronar a las reinas: *Ordinacio feta per lo dit senyor rey de la manera con les reynes Darago se faran consegrar e los reys Darago les coronaran.*

Por su relación con las fiestas de Pascua, copiamos a continuación las "Ordinacions" referentes al día de la Natividad, la Circuncisión y el día de Reyes.

De la vigilia e de la Nativitat de nostre Senyor

La vigilia de la nativitat daquell qui per nos reemadors no avorri en lo ventre de la Verge venir e vinent la memoria daquell dia es faedora. Don per tal quel part de la Verge lo qual ab sobirana puritat procehi al esguardament nostre e daqui mateix al cor devotament distilla sia presentat axi en aparellament daltar con en vestiments blancs esser volem: volents los mijancets pero e quatre capes esser tengudes: e a mayor memoria de la dita Verge qui tan salutari fruyt lendema seguent aquell dia a nos mostra per tal que en ell viscam e siam e dell usem: ordenam quel reraltar istoriat en lo qual la ymage en lo mig loch daquell es figurada en lo pus alt loch del altar e quatre tests los pus bells dos del mig junts e los dos als costats seperats e entre aquells los bacins daurats en laltar sien allogats. Lo dia empero de Nadal del nostre Senyor a la damunt dita puritat del part demostradora e encara la virginitat de la mare la qual e abans e apres lo part verge romas consideradora sermo aquest dia sia fet e apres aquell la camisa de nostre Senyor descuberta sia mostrada e los aparellaments blancs axi mateix volem que sien tenguts: mas per tal con lo dia aço requer los pus excellents esser manam declarants quels aparellaments blancs pus nobles ab sis capes sien tenguts e els vestiments en les vespres de la vigilia e del dia e en la primera missa e en la mayor. En la segona pero missa per tal con no es de tan gran sollennitat aquells vestiments blancs que en la vigilia hauran servit e quatre capes tan solament sien hauts: E per tal que tan gran dia segons ques pertany no tan solament de significacio de paraments sia honrat mas de copiositat de reliquies e de joyes daur e dargent sia ennobleida: volem que en lo pus alt grau del reraltar lo tabernacle ab la ymage de nostra Dona dargent e a cascuna part daça e della dos tests junts e en lo segon grau lo rerataula dargent en lo terç o jussa grau tots los bacins e altres tests e creus que en la nostra capella seran volem

La Vigilia de la natividad de aquel que por nuestros remedios no aborreció en el seno de la Virgen venir y viniendo la memoria de aquel día es hacedora. Pues por lo que el parto de la Virgen que con soberana pureza procedió para guardarnos y por lo cual el corazón devotamente destila, sea presentado así en paramento de altar y con vestiduras blancas queremos que sea: queremos los "mijansets" y cuatro capas ser usadas y a mayor memoria de dicha Virgen que tan saludable fruto al día siguiente a nos mostró para que en él vivamos y seamos y de él usemos: ordenamos que el retablo decorado en el cual la imagen en medio de aquél es figurada en el más alto lugar del altar y cuatro macetas las más bellas dos en medio juntas y dos a los lados separadas y entre aquéllas los floreros dorados en el altar sean puestos. Sin embargo, el día de la Navidad de nuestro Señor sobre la dicha pureza del parto demostradora aún de la virginidad de la madre la cual antes y después del parto permaneció virgen sermón este día sea hecho y después de aquél la túnica de Nuestro Señor descubierta sea mostrada y los ornamentos blancos asimismo queremos que sean usados: mas como tal día requiere los más excelentes mandamos usar declarando que sean los ornamentos blancos más nobles con seis capas sean puestos y las vestiduras en las vísperas de la vigilia y del día y en la primera misa y en la mayor. En la segunda misa, pero, como no es tanta solemnidad aquellas mismas vestiduras que en la vigilia han servido y cuatro capas solamente sean usadas; y por tal que según pertenece a tan gran día no tan sólo de ostentación de ornamentos sea honrado sino con abundancia de reliquias y de joyas de oro y plata sea ennobleida; queremos que en la parte más alta del retablo el tabernáculo con la imagen de Nuestra Señora de plata y a cada uno de los lados dos macetas juntas en la segunda grada y el retablo de plata en la tercera con todos los floreros y otras macetas y cruces que en nuestra capilla están queremos que sean puestos; y después

que sien posats: e apres les spines e la camisa de nostre Senyor que sia en lo mig loch les veres creus nostras que sian la una a la part dreita e l'altra a la part squerra e les spines apres cascuna veracreu e les altres pus honrades reliquies sien posades on pus prop costa les sinch reliquies damunt dites: e les altres creus bacins e tests e les altres reliquies les quals no poran caber en lo realtar sien posades en loch sobre laltar on pus covinetment loy poran esser allogades.

las espinas y la túnica de Nuestro Señor que esté en medio de las vera cruces nuestras puesta una a la parte derecha y otra a la izquierda y las espinas después de cada una de las vera cruces y las otras más honradas reliquias sean puestas lo más cerca posible de las cinco reliquias arriba mencionadas: y las otras cruces, floreros y macetas y las otras reliquias que no podrán caber en el retablo sean puestas en el lugar más conveniente sobre el altar.

De la festa de la Circuncisio de nostre Senyor

Jacsia que aquesta festa huytava de Nadal de nostre Senyor sia perque seria usador de paraments blanchs; considerat quel Salvador nostre qui nat era sots ley la ley complen la propria sanc en aytal dia per circuncisio escampar li plach: justament ordonam que sermo aquest dia sia fet e lo reretaule d'argent major hi sia posat e quels paraments e vestiments verneys meylors sien tenguts e quatre capes sien haudes: a la qual encara significacio una creu en lo mig loch del realtar sia posada e altres dos creus entrels tests separats dels quals dejus se dira e lo realtar istoriat en lo qual es la ymage de la Verge estes hi sia posat per tal que memoria de la nativitat sia hauda e a cascu cap del altar per gracia dornament dos tests separats dels mellors en lo realtar divisidament e oltra los dits tests en laltar los dos bacins daurats hi sien posats.

Ya sea que esta fiesta octava de Navidad de Nuestro Señor, sea porque se acostumbre se usarán ornamentos blancos, considerando que el Salvador nuestro que nació estaba bajo la ley la ley cumple la propia sangre en tal día por la circuncisión derramar le plació: justamente ordenamos que en este día sermón sea hecho y el retablo de plata mejor sea puesto y aquellos ornamentos y vestiduras rojas mejores sean usadas y se lleven cuatro capas: y por su significación una cruz en medio del retablo sea puesta y otras dos cruces entre las macetas separadas y el retablo decorado en el que la imagen de la Virgen este sea puesto para que se tenga memoria de la natividad y a cada lado del altar para adorno dos macetas separadas de las mejores en el retablo y separando dichas macetas en el altar los dos floreros dorados sean puestos.

De la festa de la Epiphania

Per tal con per lestela aorar lo fill de Deu los reys d'orient son menats la qual estella segons que havem lest per inestimable claretat e resplandor resplandia e per tal encara cor en aytal dia aquell qui no ho freturava en lo flum Jorda per aygua de baptisme fo lavat perque lo coratge nostre es amonestat a ordonar que a la claretat de la damunt dita estela e a mundicia del bapisme no obscureyda ab paraments e ab vestiments blanchs aquest dia en nostra cappella sien tenguts devotament: manants que en totes coses axi con en la festa de la nativitat de nostre Senyor sia observat exceptat quel reataula menor noy sia posat.

Por tal que por la estrella adorar al Hijo de Dios los reyes de oriente fueron conducidos la cual estrella según hemos leído con inestimable claridad y resplandor resplandecía y porque aún el corazón en tal día aquel que no lo necesitaba en el río Jordán por agua de bautismo fue lavado por lo que somos amonestados a ordenar que a la claridad de la mencionada estrella y a la limpieza del bautismo no obscurecida con ornamentos y vestiduras blancas este día en nuestra capilla sean usadas devotamente: mandamos que en todas las cosas así como en la fiesta de la natividad de Nuestro Señor sea observado exceptuando que el retablo menor no sea puesto.

M. A. LOPEZ SUÑE

(1) Libro de Tesoreria de la Casa Real de Aragon; Libros de cuentas de Pedro Boyl tesorero del Monarca. Transcripción e índice por Eduardo González Huttebise. Tomo I. Barcelona, 1911.

(2) y (3) Disposición de Jaime I en 1235, en la cual ni el rey ni otros podían comer más que dos carnes al día... y ninguno, incluso el rey pudiese usar vestidos abiertos. listados o trepados, ni concebelinas, armiños, nutrias...

(4) La citada disposición de Jaime I de 1235; dos de Pedro III en los años 1276 y 1277; tres de su hijo en los años 1286, 1288 y 1291.

(5) Pedro III de Cataluña, y IV de Aragón.

LA ULTIMA VUELTA AL MUNDO DEL JUDIO ERRANTE

Una página memorable de la historia de la Iglesia

En dos artículos precedentes de esta Revista hemos planteado la gestión de los Hermanos Lemann ante el Concilio Vaticano en pro de un llamamiento a los judíos. Pueden verse los números de julio y de septiembre sobre este tema.

Presentamos en el último artículo la actitud generosa del Papa Pío IX bendiciendo el postulado, y alentando a los dos sacerdotes convertidos del judaísmo para que llevasen adelante su histórica gestión.

Vamos ahora siguiendo con el mismo orden del libro "La cause des restes d'Israel introduite au Concile Oecumenique du Vatican", a desarrollar la gestión de los autores para conseguir las firmas episcopales en el Concilio para su Postulatum digno de memoria.

Los herederos del Judío Errante

Conocida es la leyenda popular del Judío Errante. Ahasverus, judío nacido de la tribu de Neftalí doce años después de Jesucristo, denunció a Herodes el nacimiento de Cristo. El Salvador subía al Calvario con su cruz a cuestas, y Ahasverus le rechazó duramente cuando quería descansar un momento delante de su tienda. Entonces Jesús, según la leyenda, le dijo: "Yo descansaré aquí, pero tú marcharás sin cesar hasta que yo vuelva". Y desde entonces el Judío Errante marcha por el mundo sin poder reposar.

Claramente se ve en esta leyenda la poetización del inquieto peregrinar judío por el mundo, después del deicidio. Sólo tendrá fin esta peregrinación alucinante cuando el pueblo judío se convierta a Cristo nuevamente. Los dos hermanos sacerdotes, a las puertas del Concilio Vaticano I, decidieron tomar sobre sí la representación del Judío Errante, y hacer en su nombre la última vuelta al mundo ante los obispos de toda la catolicidad presentes en el Concilio.

Con un ardiente espíritu de fe se dirigieron a la *Santa Escala*, y en nombre del pueblo judío, con espíritu de reparación, la subieron de rodillas. Desde lo alto de la escala había resonado la voz de Pilato: *Ecce Homo*, y a través de ella había subido el clamor deicida: *Crucifigatur*, con que el pueblo apostataba oficialmente su Mesías y Dios. Por ella subieron los dos sacerdotes, recitando contritamente: *Ecce gens nostra*, aquí está nuestra pobre nación: "que la sangre del Justo caiga sobre nosotros como rocío de perdón y de amor". Son casi las mismas palabras las que encontró su fe que las que introdujo Pío XI en la fórmula de Consagración del mundo al Sagrado Corazón, recientemente retraídas por Juan XXIII.

E inmediatamente comenzaron recibida ya la bendición de Pío IX, a recorrer las moradas de los Obispos de toda la Iglesia, que se hallaban en Roma.

Las cuatro razones en favor del Postulado

Para obtener las firmas de los diversos Obispos manejaron los Lemann diversas razones, que resumen en estas cuatro que aquí presentamos:

Primera razón: Ha cambiado radicalmente la situación política y social de los judíos entre las naciones cristianas. A partir de la revolución francesa los judíos se han emancipado de sus antiguas condiciones en casi todo el mundo. De aquí resulta un doble elemento, que es preciso tener en cuenta.

Hay una rehabilitación social del pueblo judío, la cual en los caminos de la Providencia se puede creer que presagia su rehabilitación religiosa por la conversión. Agudamente, como puede verse, los sacerdotes apuntaban el argumento que ya indicamos en otro artículo acerca de la profecía de Ezequiel sobre los huesos y la resurrección: hay dos fases, la formación del cadáver a partir de los huesos, y la infusión del aliento de vida. La primera fase es la rehabilitación social, la segunda es la religiosa. Recientemente, y a propósito de la formación del Estado de Israel, que es el paso final de la rehabilitación social al parecer, el P. Congar ha agitado exactamente la misma interpretación muy probable de la profecía de Ezequiel en *Orbis Catholicus*.

Y hay también una segura y creciente influencia social de los judíos, que determinadamente consideran los Lemann como un peligro para las naciones cristianas. Pues bien, frente a estos dos elementos, la rehabilitación social, y el consiguiente influjo creciente de los judíos, los autores sacan con razón la consecuencia de un urgente motivo, deducido de ambas conclusiones, que es la necesidad de procurar con especial interés la conversión del pueblo judío en esta hora: lo pide la rehabilitación social que postula la religiosa, y lo reclama el peligro del influjo.

Segunda razón: la actual situación religiosa del pueblo

judío pide que la Iglesia haga un esfuerzo por su conversión. Había dos cosas que impedían la realización de este esfuerzo hasta ahora, pero que han cambiado para hacerlo posible:

El endurecimiento de sus corazones, proveniente de aquella "especie de pecado original del Calvario", que fue el grito deicida. Este endurecimiento, que es aquel velo sobre sus ojos de que habla San Pablo, puede compararse a la ceguera de sus ojos, como un defecto en ellos mismos.

Y durante siglos se ha añadido la que los Lemann no vacilan en calificar de "satánica institución", el Talmudismo. Este muro de interpretaciones judaicas falsas y tendenciosas, levantado para impedir a los judíos interpretar a la luz de la historia sus esperanzas mesiánicas en Cristo, ha caído derribado precisamente por la igualación social de los judíos, que les ha hecho salir de sus recintos, y les ha mezclado en gran parte con los demás ciudadanos.

Y puesto que ha desaparecido el muro exterior del Talmudismo, hoy está ante nosotros una oportunidad histórica de hacer llegar la luz de Cristo hasta sus ciegos ojos, que es lo que busca el Postulado.

Tercera razón: las naciones cristianas, minadas por el racionalismo, han hecho un gran mal religioso al judaísmo, quitándole su fe. Es un terrible argumento el que desarrollan aquí los Lemann con razón: los judíos han conservado durante siglos su fe en Dios. Ahora la han perdido, volviéndose indiferentes. Y la causa de esta apostasía ha sido la apostasía misma de las naciones cristianas, en cuyo seno han entrado los judíos por la revolución francesa, cuando ellas habían perdido previamente la fe, en lo que podemos llamar "gran apostasía de la revolución".

Motivo, declaran profundamente los sacerdotes, para que la Iglesia por boca de su Concilio trate de reparar el mal hecho por estos pueblos, los cuales en vez de convertir a los judíos les han hecho perder hasta el Moisés. ¿No parece resonar en este argumento un eco de aquel paulino clamor: "para que Dios tenga de todos misericordia"?

Cuarta razón: los israelitas son queridos a Dios por causa de sus padres. La gran razón de San Pablo, "carissimi propter patres", vuelve aquí a su debido primer plano. Dios conserva a su pueblo antiguo en el mundo, como un viviente testimonio de su justicia, de su sabiduría y de su amor. De su justicia, porque muestran el castigo del deicidio; de su sabiduría, porque conservan los sagrados Libros; de su amor, porque los volverá a llamar del fondo del abandono. Y este Concilio, arguyen los autores, debería ser el instrumento de este testimonio del amor, con su llamada; porque además, terminan los Lemann, estamos en la época del Sagrado Corazón.

El argumento irresistible

Una dificultad fue propuesta por varios a la empresa de los dos sacerdotes. Había una repugnancia en algunos respecto de su idea, porque en aquellos días sucesos políticos de diversas naciones habían puesto al rojo vivo la rivalidad de muchos judíos contra los cristianos: "Son los judíos, llegó a decir un Obispo, un verdadero genio,

pero está resultando un genio devastador". Pero encendidos en celo por su pueblo, como Moisés, dicen ellos mismos, cuando luchaba en favor de Israel contra Dios, no se amilanaron; recordaron a los recalitrantes la figura de Saulo convertido en Pablo, y la de la Magdalena convertida en Santa.

Hubo un Obispo que había resuelto no firmar ningún postulado, para no verse comprometido en las diversas partes que pugnaban en el Concilio. Lo había manifestado públicamente, y así se negó a firmar el de los judíos por la misma razón. Todas las súplicas de los dos sacerdotes para lograr su firma habían sido inútiles. Habían apelado en vano en nombre de su pobre nación, y en nombre de Abraham y de los Patriarcas. Por fin, con lágrimas en los ojos, le dijeron: "¿Os negaréis, Monseñor, a dar vuestro nombre en favor del pueblo que os ha dado a Jesús y a María?" A estas palabras se conmovió el Prelado, y murmuró: "No puedo seguir rehusando".

Este argumento: en favor del pueblo que nos ha dado a Jesús y a María, volvió muchas veces a los labios de los dos apóstoles en sus visitas para conseguir las firmas par su empresa. Siempre les dio resultado eficaz. Por eso le llamaron, el argumento irresistible.

Una solemne objeción

Repetidas veces, dicen los hermanos Lemann, nos fue hecha una solemne objeción o advertencia, cuando pedíamos las firmas de los Obispos. La objeción era ésta: la conversión de los judíos tiene conexión con el fin del mundo. Por tanto trabajar por la conversión de los judíos es apresurar la llegada del fin del mundo.

Seis respuestas daban los defensores del Postulado a tal dificultad, que en realidad no lo era. Su raciocinio puede condensarse así: la conversión de los judíos es llamada por San Pablo la resurrección del mundo (Romanos, 11). Esta resurrección, estas riquezas mundiales de espíritu, que anuncia el Apóstol en consecuencia de la conversión de Israel, parecen indicar un lapso de tiempo grande después de su conversión, para que aquéllas se produzcan. Los Profetas anunciaron que, después de que Dios recoja a su pueblo, no lo dejará ya más. Esto también parece exigir un tiempo largo en el que se cumpla este amor de Dios a su pueblo convertido. Y ya Tertuliano notaba que las esperanzas inmensas de los cristianos están ligadas a la conversión de los judíos (*De iudicio*, VII). Lo mismo anuncia la venida de Elías el restaurador de todas las cosas, que Jesús profetiza con tanta claridad en su Evangelio: "Elías ciertamente vendrá y restituirá todo".

Y como un Obispo les decía: "Esto es lo que pedimos cada día, cuando recitamos el Padrenuestro, diciendo: *Adveniat regnum tuum*".

No deja de ser llamativa esta frecuente objeción episcopal a la petición de las firmas pro judíos, que llevaba a la exageración, hizo exclamar sonriente a un Obispo mientras firmaba: "Digáis lo que digáis, nos estáis haciendo firmar nuestro pasaporte para el cielo".

Pero como prudentemente advierten los autores, si bien este terreno es oscuro, y no se puede decir que la conversión de los judíos trae el fin del mundo, aunque sí es previa al mismo, la frecuencia de esta objeción en labios episcopales, tan frecuentemente, daba la medida

de la común convicción de que aquel acto del Postulado era concebido como un acto extraordinario: no era un acto más, tenía un puesto según la mente de los firmantes en la historia de la Iglesia. Era la convicción profunda de la fe secular de la Iglesia, que tiene prometida para momentos culminantes de su historia y la del mundo la conversión del antiguo pueblo de Dios, la que se transparentaba en aquella impresión general de acto histórico que el Postulado dejaba a los firmantes.

Esta común convicción fue expresada con energía por el Obispo de Guamanga en el Perú, Mons. José Ezequiel Moreyra, diciendo: "Nos estáis haciendo realizar un acto sin precedentes en la historia de la Iglesia".

Los autores piensan que era señal de que, como diversos acontecimientos históricos lo hacen pensar, entramos en la fase de consumación de los siglos de la historia del mundo, sin que en su opinión esto implique la excesiva proximidad del fin del mundo. Un rápido movimiento lleva la historia hacia un misterioso fin. Todo en el mundo se hace más veloz, los navíos, los automóviles, los aeroplanos (1910), y el mundo tiene que obedecer a esta hora de velocidad en su misma marcha. Es la peroración del gran discurso, afirman, y la peroración es más rápida que el resto, porque debe resumir.

Además el mundo se hace uno en la universalidad. Cada rincón se hace presente a todo el resto del globo. Y en el epílogo de la historia vuelven a aparecer en escena todos los pueblos primitivos. (Hoy día ¿no están llenando las páginas de los diarios los nombres de la historia sagrada antigua: Siria, Egipto, Arabia, Roma, Persia y el efervescente Oriente?)

Hay como un anuncio de la grandiosidad de la consumación. Y la creciente maldad de los opresores de los buenos, hace crecer el clamor por un Libertador, que sólo puede ser Jesucristo, el Deseado de los eternos colados.

"En el período final, dicen los autores resumiendo sus ideas, deben encontrar lugar la conversión de las reliquias de Israel, el gozo de la Iglesia Católica por ello, la venida de Elías a restaurar todas las cosas, el único rebaño y pastor anunciado por Cristo, el gigantesco combate contra el anticristo, y finalmente las prodigiosas señales en el sol y las estrellas que precederán al juicio." Pero todo esto ¿no parece requerir un período de suficiente longitud histórica, que haga armónico contraste a los largos períodos primitivos de desarrollo de la historia precedente?

El plebiscito episcopal

Los capítulos X-XXVI, que ocupan exactamente cien páginas del volumen, son dedicados a recoger, como en un muestrario de gran valor, las respuestas y actitudes de los Obispos de la Iglesia ante la petición de la firma en favor del Postulado.

Conscientes de la importancia de su gestión, los Lemmann al salir de cada entrevista consignaban inmediatamente por escrito las palabras más destacadas y singulares de su interlocutor. Así nos han dejado un verdadero plebiscito episcopal en favor de los judíos. La importan-

cia de este plebiscito consiste principalmente en que, hallándose reunidos los Obispos de toda la Iglesia en el Concilio, representa clarísimamente el pensamiento de toda la Iglesia jerárquica acerca de este punto, en aquel momento determinado de su historia. Es por tanto claramente el sentir de la Iglesia sobre punto tan importante como la conversión de los judíos, que es uno de los hitos memorables de la historia del catolicismo y de la Escritura.

Y esta concordancia de pareceres puede enfocarse desde un punto de vista doble y apoloético: es el pensamiento de la Iglesia acerca de esta conversión, que tiene matiz dogmático, y es un argumento de primer orden para ser mostrado a los judíos, haciéndoles ver cómo piensa la Iglesia acerca de ellos en su más alta y completa representación.

Desfilan por aquellas páginas los testimonios de los Obispos de Francia Italia, España, Portugal, Bélgica, Holanda, Gran Bretaña e Irlanda, Suiza, Austria-Hungría, Alemania, Turquía y las Provincias Danubianas, Grecia y pasando revista luego a continentes, Asia con el próximo y lejano Oriente, África, América y Oceanía.

Vamos a recoger de entre todas las respuestas y pensamientos, a veces llenos de emoción, solamente algunas como muestra. Sea el primero el Obispo de Dijon (Francia), que lleno del espíritu de la Iglesia, manifestó: "Jamás he podido, por más violencia que me haya hecho para ello, recitar sin derramar lágrimas de emoción la oración que la Iglesia hace el día de Viernes Santo por el pueblo judío. Me resulta imposible no llorar".

El Obispo de Amiens declara que siente en sí lo que se puede llamar "la devoción del ghetto", y que pasea por sus calles a veces para sentir todo el recuerdo de los restos de nuestros antiguos padres. El de Maurienne: "Las promesas de Dios son sin arrepentimiento. La gran nación volverá, es un inmenso suceso el que se está preparando". El Obispo de Bagnorea (Italia): "Soy el Obispo de la Orden de los Carmelitas, y estáis preparando la vuelta de Elías. Tengo que firmar". El Obispo de Narni: "Es San Pablo quien os recomienda, no puedo menos de firmar". El Obispo de Ascoli, de quien se anota, *venerabilis senex*: "Oh, mis pobres judíos, les acogeremos y les estrecharemos en un abrazo contra nuestro corazón".

El Arzobispo de Valencia: "Que entren pronto en la Iglesia, Arca de Noé verdadera, solamente allí podrán salvarse del gran diluvio que nos amenaza". Y el de Granada, con palabra digna de un Obispo español: "Si en otro tiempo tuvimos que cerrarles las puertas de España (por la expulsión de los judíos), sabremos también, llegado el momento, abrirles la Iglesia y nuestros propios corazones".

Finalmente, el Arzobispo de Tarso firmó en nombre de San Pablo, cuya ciudad natal pertenecía a su territorio, y que profetizó esta conversión de los judíos.

El Postulado pro conversión de los judíos, y llamamiento de amor del Concilio Vaticano, había reunido hasta 510 firmas episcopales. En el artículo próximo, que será juntamente el último de esta serie, expondremos el texto del Postulado, y su resultado ante el Concilio Vaticano.

JUAN MANUEL IGARTÚA, S. J.

OCHO DIAS EN ISRAEL

Atenas — Tel-Aviv

21 de septiembre de 1961. LYDDA. — El avión procedente de Atenas me deposita en plena tierra de Israel. Son las 7 de la tarde. En el aeropuerto me recibe, efusivo y cordial, mi amigo Darin Drabkin, del Ministerio de Trabajo israelí, quien se constituirá en mi inmejorable mentor y guía durante la estancia, fraguada en un paseo por nuestras Ramblas con ocasión del Congreso de la Vivienda de los países mediterráneos, en el que representó a su joven estado. De Lydda — patria de San Jorge, por cierto —, a Tel-Aviv y a mi alojamiento, preparado por el Ministerio, transcurre poco tiempo.

En la Aduana no pusieron impedimento alguno a la entrada de mi voluminosa biblioteca “volante”, entre la que no podía faltar, para documentarme sobre el terreno, desde el “Dietari d’un pelegrí a Terra Santa” de nuestro Verdaguer, a las guías Hachette o Nagel de Israel, pasando por los trabajos de Ricciotti, de Rops y del padre Fernández, S. J., e incluyendo a los indígenas Sholem Asch y a recortes preparados cuidadosamente desde hace años, de revistas israelitas como “La Terre Retrouvée” y otras; y campeando sobre todo, la maravilla editorial de la Biblia de Jerusalén, en una edición de bolsillo de Desdée, para saborearla *in situ*, a cada paso y en cada recodo de aquella endiablada geografía.

Bien es cierto que en ninguna parte del mundo he podido ver tantas tiendas dedicadas a venta de libros, como en Tel-Aviv. Sólo se les puede comparar en número las destinadas a venta de discos con música de todos los rincones del planeta.

Tel-Aviv — Jerusalén

22 de septiembre. Viernes. — Casi sin tiempo para descansar y “ambientarme” (el contraste entre la Acrópolis ateniense, en la que me encontraba ayer y la moderna arquitectura de Tel-Aviv, cuesta un poco de asimilar), me veo rodando hacia Jerusalén en un resistente Ford penúltimo modelo. Me acompaña el secretario de Darin, amigo Paldi, de mi misma edad, que ha hecho las tres campañas clásicas — guerra mundial, lucha contra árabes e ingleses por la independencia y campaña del Sinaí — y que ahora está en el Departamento de Viviendas Gubernamental, archivados sus viejos entorchados de capitán.

El camino desde Tel-Aviv hasta Jerusalén discurre primero en llanura y luego poco a poco va subiendo por las colinas de Judea, pedregosas y desérticas me recuerdan nuestro macizo de Garraf; parte de la ruta conserva recuerdos de los sangrientos días de la lucha por la independencia: restos quemados de carros de combate y carroñas de camiones con los cigüeñales al aire, quedan aún arrumbados por las cunetas aquí y allá: el Gobierno no los quiere retirar para que sirvan de perenne monumento

a quienes perdieron la vida en esta llamada “ruta del valor”. Hemos hecho una parada en un bar-cantina y poste de gasolina llamado “Samson’s Inn”; mi amigo me recuerda que en esta región nació y vivió el Sansón bíblico, uno de mis favoritos en mis dibujos de niñez.

Después de unos 35 kilómetros aparece de repente, sobre el horizonte, como una especie de Vallvidrera vista desde Sarriá — salvando las distancias — la Ciudad Santa, Jerusalén o Yeroushalaím como la llaman los israelitas. En otros tiempos los peregrinos al llegar a este lugar, bajaban del caballo, se descubrían y rezaban el salmo “Loetatus sum in his quae dicta sunt mihi: in domum Domini ibimus”. También puedo decir con el Salmista y, me parece mentira que lo diga en su propio país y ante la misma visión que tuvo “nuestros pasos llegan ya a tus puertas, Jerusalén, hasta ti cuya murallas carecen de brecha, hacia quien suben las tribus poco a poco”...

Ahora sólo repito, como Mosén Jacinto Verdaguer: “Dios mío, gracias infinitas por haberme dejado ver la Jerusalén de la tierra”.

Pero mi amigo, al volante del coche, que ha visto centenares de veces el espectáculo, no se emociona demasiado y desde luego, me parece que los salmos le tienen sin cuidado y que la cultura bíblica no es precisamente su fuerte.

En Jerusalén, después de recorrer el viejísimo barrio de Mea Sheárim, centro religioso de místicas sectas ortodoxas judías — me recomienda Paldi que no intente fotografiar a los israelitas con largos caftanes, sombreros de anchas alas y abundantes rizos, pues no les gusta la moderna publicidad ni ser objetivos del “typical” — llegamos hasta la puerta de Mandelbaum, frontera de Israel con Jordania y divisoria de dos mundos, que parece inverosímil puedan tan fácilmente dividirse con unos barriles de alquitrán puestos en pie, unos caballos de frisia y unos letreros en inglés, árabe y hebreo que avisan que la frontera está aquí.

Esta maldita separación — otro Berlín — entre Jerusalén árabe e israelita, no me permitirá visitar la ciudad vieja con sus lugares Santos del Santo Sepulcro, Getsemaní, Calvario y Monte de los Olivos, ni pisar el Templo y otros venerados e históricos lugares que quedan en la parte jordana.

Desde la torre elevada del edificio protestante de la Y.M.C.A. que domina y con la mole del Hotel del Rey David a los pies, el objetivo “zoom” de mi Cannon filma a placer el más augusto e impresionante paisaje que ojo humano pueda ver en esta tierra: las murallas de la vieja Jerusalén, la dorada cúpula de la Mezquita de Omar, el Cenáculo y al fondo, más en alto, el camino de Belén, Siloé, el torrente Cedron, el monte de los Olivos con Getsemaní, la alta torre de la mezquita de la Ascensión y el monte Scopus. El aire está frío y se nota que nos encontramos a 750 metros de altura. Aquí en invierno debe soplar un aire como en pleno Montseny.

El aspecto de las calles de la Jerusalén judía no difiere de las de cualquier ciudad del Oriente Medio: Beirut, Damasco, El Cairo. Intenso tráfico mercantil y centenares de tiendas, tenderetes y puestos callejeros. La fachada de muchas casas — dos, tres pisos — me recuerda el estilo de nuestras ochocentistas torres de la Bonanova o del Putxet. En un restaurante árabe con el chófer del coche, israelita de procedencia turca y que habla conmigo el “ladino”, tomamos un menú típico del país: “jumus” — pasta de garbanzos, con aceite y mostaza, que debe comerse con miga de pan rebañando el plato — y café turco, diez veces más fuerte que el expreso.

Con dolor y prometiéndome volver, regresamos a Tel-Aviv, después de una rápida visita a la Universidad, estilo Friburgo o Ginebra, al recién terminado Hospital General, de una moderna arquitectura, que a mí me parece horrenda, y al bosque y tumba de Herzl en un montículo dominando incluso, a la ciudad vieja de Jerusalén; mi amigo, que no se impresionó por las venerables piedras de la antigua Sión, quedó sin embargo, emocionado ante la sencillísima, fría y negra piedra bajo el cual yace el fundador del sionismo.

Sin poder parar, aparece de pronto y en uno de los recodos del camino de descenso hacia el Mediterráneo, el pueblo de Ein-Karem, lleno de resonancias evangélicas como patria del Bautista y lugar de la Visitación de la Santísima Virgen a su prima Santa Isabel.

En el Kibboutz Gan Shmuel

23 de septiembre. Sábado. — Muy temprano salgo con Darin-Drabkin para vivir otra experiencia interesantísima: la vida en un kibboutz o granja colectiva, de los cuales Darin es un apasionado partidario.

Una hora después de la partida, son 53 kilómetros, llegamos al kibboutz de Gan Shmuel, en el término municipal de Hadera. Este kibboutz es uno de los más antiguos y ricos del país y se extiende por centenares de hectáreas, con industrias complementarias y activa exportación. Somos acogidos amistosamente y obsequiados con unas tazas de café, turco, en el domicilio de una de las familias dirigentes del Kibboutz; observo que algunos de los reunidos fuman y otros no, debido a su mayor o menor grado de ortodoxia, pues siendo “sabbat”, las normas del descanso llegan hasta no permitir fumar cigarrillos en ese día.

Después de interesante charla, discutiendo sobre cuestiones de música, política, arte, arquitectura y mil cuestiones más, los hebreos están acostumbrados a los juegos del ingenio y a pesar del rincón perdido en el mapa en que viven parecen tan bien informados como si hubieran plantado sus tiendas en Picadilly o en el Sena, pasamos al comedor colectivo, en el que todos los miembros del kibboutz realizan sus comidas y cenas, pues en casa no se cuida, ni se cuida a los niños, para dejar a las mujeres liberadas para el trabajo del campo o los servicios de cocina, limpieza, etc., indispensables en la comunidad.

Después de la comida, mientras mis amigos se entregan a la siesta, que aquí es tan sagrada como en España, de lo cual me alegro pues veo que tan criticada costumbre nacional no es obstáculo para el progreso, me dedico a recorrer la comunidad y sus plantas industriales, con

un israelita argentino que habla español, Ben Farber.

Por él me entero de una serie de particularidades de la vida y organización de los kibboutzim. Me choca particularmente el que no se permita a los recién nacidos seguir conviviendo con sus padres, pues así que nacen quedan en una guardería infantil con otros niños, para pasar más adelante a hogares de juventud y luego al ejército, tanto ellos como ellas; un día a la semana van a dormir a casa de sus progenitores. Según Ben Farber, esta educación familiar (?) facilita la asimilación de los inmigrantes, ofrece la posibilidad de cuidar mejor a los niños desde el punto de vista sanitario y educativo y les prepara mentalmente para la vida comunitaria que forzosamente deberán llevar en el kibboutz cuando sean mayores.

Observando el parque de maquinaria agrícola, el taller de reparaciones, los almacenes de frutos para exportar, los talleres de carpintería y los estantes artificiales para cría piscícola, mi acompañante no para de contarme las excelencias de la vida en el kibboutz, a la cual, desde luego, pienso yo mientras Farber habla, difícilmente podría adaptarme por la restricción enorme que supone para la libertad, el rigor uniformista, la pérdida de la intimidad y el sacrificio impuesto a la célula familiar. Claro que no se obliga a nadie a vivir en el kibboutz y uno puede marcharse cuando guste y dejar la vida sencilla, serena y desprovista de preocupaciones económicas, que generalmente suministra este tipo de granja colectiva a sus beneficiarios.

Al regresar del recorrido, juego una partida de ajedrez con uno de los directivos del kibboutz, padre de un muchacho que, me cuenta con lágrimas en los ojos, durante la campaña del Sinaí fue hecho prisionero y mandó una carta escrita con su sangre en la que decía que se suicidaba para no verse obligado a traicionar a su Patria: el Centro social del kibboutz lleva el nombre de ese chico, ejemplo de la nueva juventud israelita, caracterizada, según pontifica otro de los presentes, diputado en el Parlamento, por el gusto por la sencillez, sentido práctico, preocupación espiritual y artística desprecio del dinero y del parasitismo, talento organizativo y culto a la fuerza y a la salud física.

Regresamos a Tel-Aviv sobre las cinco de la tarde desviándonos un poco para pasar unos minutos en Cesarea, lleno de antiguas resonancias evangélicas, donde Pablo de Tarso vivió dos años, tuvo lugar uno de los primeros Concilios... y donde hace pocos días, ante un público en mangas de camisa llegado de los cinco confines del país, y en pleno teatro romano recién excavado, “Pau” Casals dio un estupendo concierto de violoncelo. Siempre estos contrastes nos persiguen y al lado mismo de un torso romano que aflora del sueño de siglos, no tenemos que extrañarnos si contemplamos un estupendo “haiga” lleno de monjas con acento norteamericano, un jeep blanco con las insignias de las Naciones Unidas pilotado por rubios suecos con casco azul que velan por el cumplimiento de los lindes impuestos a árabes y judíos por la Comisión de armisticio, o un camello tripulado por insondables beduinos ausentes de todo cuanto a su alrededor se está transformando.

Mis sentidos viven en continuo y maravilloso “suspense” desde mi llegada a ese país y hasta el tiempo que pierdo para reponer, durante la noche, mis fuerzas, me parece una intolerable prodigalidad.

Impresiones de Tel-Aviv

24 domingo. *En Tel-Aviv.* — Es hoy un día importante para Israel, pues se celebra la festividad llamada del Soukkoth o de las cabañas, en recuerdo del tiempo que erró el pueblo hebreo por el desierto, durante el éxodo; para plasmar más el recuerdo, veo cómo en muchas casas particulares, en el jardín, los niños han levantado con cañas, alfombras, y otros materiales provisionales, pequeñas chozas o barracas entre las cuales juegan alegremente.

Aprovecho la festividad para recorrer Tel-Aviv y darme cuenta del ambiente de esta comunidad, tan peculiar. Los tipos que circulan por las calles son tan diversos y andan con atuendos tan distintos que nadie se extraña de nada: de un yemenita a un judío norteamericano o francés, hay tanta distancia como de un beduino a un judío ortodoxo y de todos ellos, hay mescolanza en calles, tiendas y cafés. Lo mismo se oye hablar en hebreo que en árabe y cualquiera puede hacerse entender en ruso, alemán, francés, inglés o español. A nadie asombra la más o menos trágica historia que pueda contar de su vida, pues todos han conocido, de cerca o de bien poco lejos, el campo de concentración, la pérdida de los bienes materiales o la huida de tal o cual país de adopción. Noto mucha influencia rusa en el país, sobre todo en la música autóctona y ello es debido, me dicen, a la gran corriente de emigrantes rusos instalados en las primeras etapas del sionismo.

La impresión de la ciudad — medio millón de habitantes — es la de que apenas hay diferencia de clases y de que por la causa que fuere — falta de capitales heredados, dureza de la vida en los últimos años, afluencia de inmigrantes de capas sociales humildes — se han superado en esta sociedad una serie de prejuicios de tipo pequeño burgués, que todavía nosotros mantenemos en nuestras comarcas. Así, todo el mundo anda en mangas de camisa y sin corbata, no hay inconveniente alguno en hablar por la calle o en el café con el vecino, aun cuando no se le conozca anteriormente, ni es causa de extrañeza el viajar varios desconocidos juntos en un mismo taxi, partiéndose a escote el gasto. La vida es muy cara y raras veces veo que la gente en los cafés tome más que limonada, naranjada o simple café y aun esto la gente que acude a los cafés, pues son muchedumbre las personas que pasan la tarde de un día festivo sentadas en bancos públicos, tomando simplemente el fresco. Como los automóviles son muy caros, un Renault Dauphine cuesta aquí dos veces y medio más que en España, casi nadie tiene coche todavía, pero los que se ven son de todas las marcas conocidas y principalmente de mucha potencia y capacidad, aptos para recorrer las duras carreteras israelitas, con temperaturas de 40 grados en el Sur y abundante polvareda.

Arquitectónicamente, la villa que proyectó para ciudad-jardín Sir Patrick Geddes, resulta hoy estrecha para el tráfico intenso de sus calles y aunque las fachadas de sus casas ostentan una factura "demodée" para los actuales cánones, la idéntica altura de los inmuebles, su similar estilo arquitectónico — modernismo alemán de principios de siglo — y la ausencia de edificios singulares que desentonan del conjunto, contribuyen a causar una sensación indefinible de paz y reposo dentro del dinamismo del mundo actual. Desde este punto de mira, Tel-Aviv es la

antítesis de Jerusalén, en la que lo moderno desaparece literalmente ante el auténtico peso de la majestad de su pasado.

Por la noche, voy a cenar con mi amigo Darin-Drabkin y su esposa y un joven arquitecto israelita, claro está, llamado Dan Eytan que estuvo hace poco en Barcelona y admira a Gaudí, a un restaurante popular en un suburbio de la antiquísima Jaffa, citada ya en escritos egipcios del año mil seiscientos antes de Jesucristo, cuando nosotros estábamos todavía en las cavernas. La pasión por la música del pueblo israelita, se desborda al ir apareciendo sucesivos números musicales, que son inmediatamente coreados por el público, máxime cuando se pasa de la música popular a la moderna del estilo de "Exodus".

En Galilea: Tiberias, el Lago y Nazareth

25 lunes. — Por fin alborea el día que tal vez he deseado vivir más intensamente, desde que nació: voy a recorrer la comarca de Galilea, visitar Nazareth, Magdala, Cafarnaum, Tiberiades, Caná y, sobre todo, conoceré el paisaje que vivió, respiró y amó con predilección, Nuestro Señor Jesucristo durante su paso por la tierra: el mar de Galilea, lago de Tiberiades o de Genesaret.

Salimos con Paldi al volante, dispuestos a recorrer los 250 kilómetros previstos en el itinerario de hoy: Tel-Aviv - Hadera - Afula - Kefar Tabor - Tiberias - Cafarnaum - Nazareth - Tel-Aviv. El día es formidable y sin una nube.

Todo el camino es una pura delicia, por campos y llanuras bien cultivadas; después de un buen rato de rodar, paramos para tomar unas fotografías del Monte Tabor, una especie de Tibidabo, más ancho en su base, redondo en su cima y más impresionante por alzarse como mole solitaria en la llanura y a seiscientos metros de altura.

La visita a un barrio de viviendas de nueva creación en las alturas que dominan al lago de Galilea, me permite una vista inesperada, a vuelo de pájaro, sobre el lago de Jesucristo y sus Apóstoles: un azul intenso extendido con una sensación de paz infinita y al margen de los siglos, a lo largo de veintidós kilómetros; tengo la sensación, al verlo inmóvil y tranquilo desde estas alturas, de que cuanto me rodea ha desaparecido y abstrayéndome en mí mismo, no sé cuánto tiempo he pasado olvidado de mis compañeros y al margen del tiempo y de las culturas. Las altas montañas que lo circundan por el lado opuesto al que me encuentro, pertenecen a Jordania; la caliginosidad del día nos impide ver la cumbre nevada del monte Hermón, que tantas veces atraería las miradas del Divino Maestro, desde estos mismos lugares. Las viviendas que se me enseñan están destinadas a familias de inmigrantes procedentes de países árabes y por lo tanto, de condición laboral ínfima con las consecuencias corrientes en todas las razas: analfabetismo, elevada tasa de natalidad y cultura deficiente. Muchos de los tipos infantiles que rodean al coche, podría encontrarlos en nuestras zonas suburbanas llenas de inmigrantes del sudeste español; cada vez me convenzo más de la identidad de los pueblos de la cuenca mediterránea y de la enorme similitud que entre ellos existe en cuanto a forma de vida, hábitos sociales, vicios y virtudes públicas y privadas y forma de reaccionar ante los grandes problemas e interrogantes de nuestra existencia.

Descendiendo rápidamente, con el Mar de Galilea que se va haciendo mayor por momento en nuestra retina, llegamos a su misma orilla, después de atravesar Tiberias, que en su plaza mayor conserva como recuerdo de la lucha reciente por su independencia, un viejo cañón sobre elevado pedestal, enfocando la opuesta orilla del lago, tierra jordana; me explica Paldi que esa venerable pieza artillera, reliquia de una guerra civil en país sudamericano durante el siglo pasado, llegada allí nadie sabe cómo, jugó un gran papel y en los primeros momentos de carencia total de armamento pesado, se utilizó a fondo, creando toda una leyenda que contribuyó al triunfo de la causa israelí, en la región.

La orilla del lago está ocupada, en la parte de Tiberias, por un largo muelle y un pequeño puerto de pescadores, repleto de barcas pesqueras, con sus aparejos y redes al sol, como habrían hecho los Apóstoles miles de veces en aquellas aguas. Cuando llegamos a tocar el agua, caliente y dulce, aparece en el horizonte un vaporcillo dedicado al paseo de turistas por el lago, repleto de personal. A nuestra izquierda, surge de repente una canoa, arrastrando a un deportista, americano seguramente, que — nos parece una profanación — practica esquí acuático, trenzando eses en las tranquilas aguas.

Tomamos el almuerzo en la misma orilla del lago y nos sirven unos peces asados, pescados momentos antes delante de nosotros; se trata de una especie de sardinas, un poco mayores, y que a mí me parecen un poco insípidas y con demasiadas espinas. Un vino del Carmelo completa la colación, después de la cual, me siento un poco patriarca y comprendo cómo en este ambiente de paz y con tan elementales alimentos — pan, pescado, vino — pudieron llegar hasta los novecientos años.

Signo de nuestros tiempos, ha sido la exigencia de un vendedor ambulante turco, de muy buena factura, que al pedirle pose para un primer plano con el lago al fondo, me indicó que sólo lo haría si le pago una gratificación de cincuenta pesetas. Tengo hoy en mi album un lago de Tiberias sin primer plano.

Después del almuerzo, seguimos viaje hacia Cafarnaum y en mitad del camino, encuentro un chalet elegante y de factura arquitectónica ultramoderna — madera, aluminio y cristal — que resulta ser un club de deportes náuticos; aprovecho la oportunidad y momentos después, estoy zambullido en el lago.

Cruzando después la fértil llanura de Genesaret, muy bien cultivada y con constante riego por aspersión a través de innumerables conducciones de agua, pasamos por Magdala, Betsaida y, subiendo un poco, llegamos a Cafarnaum, domicilio permanente de Jesús y centro de su obra mesiánica.

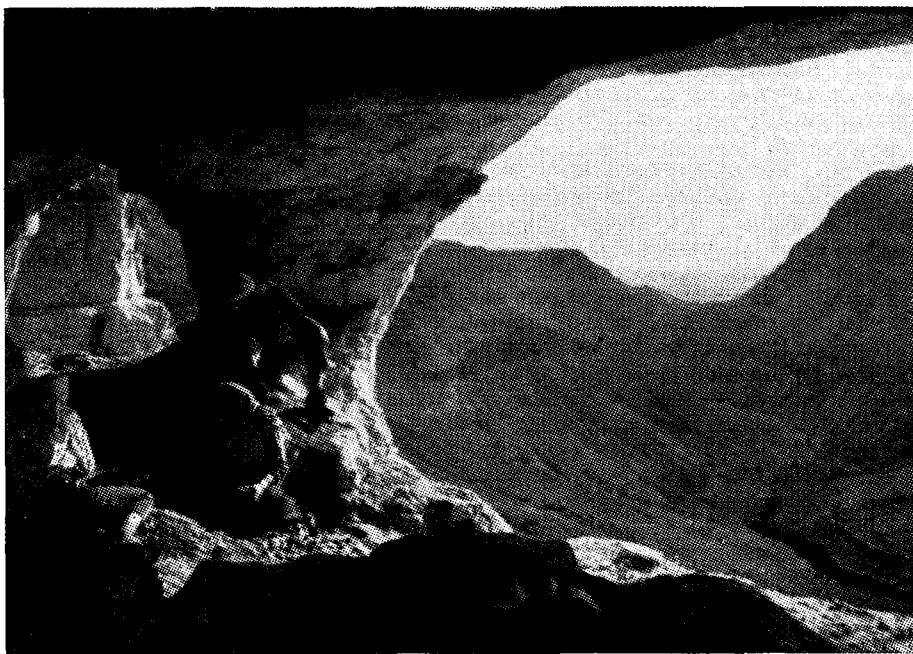
Las columnas y patio de su antigua sinagoga, levantadas de nuevo al ser descubiertas hace ya muchos años, están hoy dentro

un recinto de los Padres Franciscanos, a cuya puerta se levanta la Iglesia llamada "Mensa Christi" en recuerdo de la pesca milagrosa, que la tradición señala por esta zona del lago.

Está haciéndose tarde rápidamente y bordeando el Tabor, pasamos por Caná, de especial interés para nosotros, los casados, y poco después asomamos por detrás de Nazareth, al borde superior de la cazuela o depresión, dentro de la cual, en anfiteatro, está recostada la católica Nazareth. Tengo poco tiempo y por ello sólo puedo ver el Santo Lugar indubitado de la Iglesia de la Anunciación, en cuyo subsuelo se conserva la parte subterránea o cueva de la Santa Casa en la que tuvo lugar la Anunciación de la Virgen y en la que moraron Ella, San José y el Niño Jesús. Un arrogante guía árabe me acompaña, por el templo, mientras mis acompañantes israelitas permanecen esperándome fuera. La gruta de la Virgen, es de dos pisos y se desciende a ella por una estrecha escalera con peldaños tallados en la roca. Encima de ella se construyó la Iglesia, en estilo poco interesante incapaz de despertar la intensa emoción que se experimenta al encontrarse en la casa de la Virgen.

Para lucrarme con las indulgencias, solicito confesarme y tengo la suerte de poder charlar buen rato con un padre franciscano, recién llegado de España, pero con larga experiencia en Tierra Santa. Parece que el Gobierno israelí no molesta a los católicos — son una minoría de 60.000 almas — pero más bien los ignora, absorbido por sus grandes necesidades políticas, económicas, sociales y hasta militares.

Al regresar a Tel-Aviv y dejar atrás Nazareth — flor de Galilea — es de noche y ya jamás — incrustado en el acervo de recuerdos que constituyen la trama de nuestra personalidad — podré olvidar la fantástica luna llena que, flotando primero sobre los montes que separan a Nazareth del Tabor, me acompañó después, indiferente e ín-



Una de las cuevas de la pared rocosa de Wadi Qumram, junto al Mar Muerto, donde desde 1947 vienen encontrándose los manuscritos bíblicos más antiguos que se conocen hasta la fecha

tima a la vez, lejana y a flor de mano, hasta los primeros arrebales de Tel-Aviv.

Aunque hoy cogiera el avión y represara, ya mis mayores deseos se han colmado y si aún espero vivir el Neguev sólo por el desierto no habría hecho los imposibles para llegar hasta esta Tierra bendita.

Por la noche cenó con Dan en un restaurante en el que actúa una muy conocida cantante israelí, de procedencia yemenita. ¡Cómo resuena en mis oídos aún ahora la canción llamada "Kinnereth", para mí, compendio del alma judía: nostalgia del pasado, pasión profunda y misterio. Decididamente el israelita, aunque nos pueda parecer un occidental, tiene en sus más íntimas manifestaciones — música sobre todo — un alma impregnada de oriente.

En el desierto del Neguev y el mar Muerto

26. *Martes*. — A las ocho de la mañana, después de un desayuno compartido en el comedor del hotel con una compañía entera de ballet ruso llegada ayer desde Polonia, salgo con el joven arquitecto Dan Eytan hacia el Neguev; son 374 los kilómetros que hoy me aguardan y tendré ocasión de ver otra cara — ésta menos conocida — de Israel de nuestros días.

El paisaje agradable de Tel-Aviv va quedando atrás y poco a poco nos adentramos en el desierto del Neguev.

A las dos horas hacemos alto en Beer-Sheba, capital del Sur israelí y destinada a un crecimiento espectacular tan pronto se intensifique y fructifique la labor de colonización del desierto. Aquí fue donde Abraham, Isaac y Jacob abrevaron sus ganados y Yahvé prometió al primero multiplicar su posteridad. También Elías habitó en este paisaje desolado, duro, polvoriento y desorganizado urbanísticamente que ahora contemplo.

Aquí me encuentro de lleno en el ambiente de *far west* que toda nueva colonización lleva consigo: gran movimiento de camiones, que los colonos utilizan una vez vacíos de carga, como autobuses de línea, abundancia de tipos estrafalarios que llegan quién sabe de qué recóndito kibboutz del desierto para efectuar sus compras, y ausencia notoria de mujeres y ancianos. Se mezclan con los colonizadores, los primeros beduinos que veo en mi vida, que acuden a la capital sobre todo los días de mercado semanal.

La moderna arquitectura israelí hace su aparición con varios edificios públicos tipo corbuisier, que la gente se resiste a utilizar. Repostamos gasolina y seguimos la marcha. Unos kilómetros más allá y ya de vez en cuando aparecen, lejanas, agrupaciones de tiendas de tribus de beduinos de un color parduzco mimetizadas con el ocre del reseco terreno del Neguev; junto a las tiendas, camellos paciendos y bandadas de chiquillos — ellas la cara casi tapada, luciendo preciosos brazaletes, collares y monedas engarzadas — que a veces llegan hasta la carretera dejándose fotografiar a cambio de la correspondiente propina.

Me cuenta Dan que durante la campaña del Sinaí, las tribus de beduinos siguieron su vida nómada atravesando, indiferentes a todo, las líneas de combate, sin que ni egipcios ni hebreos, se preocuparan por ello, que jamás entendieron pudiera afectarles aquella guerra.

Un nuevo pueblo aparece — Dimona —, de construcción reciente. Durante una ausencia de Dan, me meto en el café del poblado para tomar una cerveza y el dueño

me advierte que no es prudente allí, dejar que me sigan asomando, como lo hacen, unos billetes de banco por el bolsillo de la camisa. Fuera, un altavoz aerea la voz cálida de Sarita Montiel, que aquí tiene muchos partidarios.

La vida de estos kibboutz del Neguev debe ser durísima, pero parece que con el agua la tierra responde maravillosamente. A lo largo de la carretera que sigo, serpentean constantemente las conducciones que llevan hacia el Sur, el agua dulce del Jordán, fuente de vida para este país.

Por la nueva "ruta de la libertad", bajamos hacia el mar Muerto, en plena depresión y a 392 metros bajo el nivel del mar, pero teniendo en cuenta que Beer-Sheba se halla a alrededor de 400 metros de altura, resulta que el descenso real es de unos 700 metros, que se acusan físicamente en un día como este en que rozamos los 40 grados y no hay más que sol implacable, arena sin sombras y cielo azul, sin una nube.

El paisaje que se contempla al avistar el extremo Sur del mar Muerto es extraordinario y de una fuerza plástica tremenda. A nuestros pies se halla un anchísimo, sin ni un solo árbol, con un suelo color oscuro, entre ceniciento, salino y arenoso y más allá, donde se cierra el horizonte, por el frente izquierdo, el límpido azul del mar Muerto. Yo creía que este lago tendría color oscuro o hasta fangoso y experimento sorpresa al verlo tan azul. En cambio no tenía ni idea del tremendo valle y de las fantásticas paredes de rocas de formas extrañas, que forman la depresión o fractura geológica que ocupan las aguas. Para más impresión, revolotean a baja altura y graznando constantemente bandadas de cuervos, que se posan suavemente cerca de nosotros, mirándonos con curiosidad.

En el fondo de valle y pasadas las explotaciones potásicas, almorzamos en una especie de cantina, en el emplazamiento de la antigua Sodoma, engullida por el castigo de Yavhé. Compruebo que el agua del mar es no sólo amarga por el magnesio que contiene, sino muy aceitosa y molesta, si penetra en los ojos, por la gran picazón que produce. Algunas personas se bañan, untándose barro cenagoso del fondo, como remedio contra el reuma.

Regresamos a media tarde y alguna vez vemos delante de los faros del coche el relampagueo de dos ojos centelleantes, correspondientes a un perro salvaje de los que hay miles en las soledades del Neguev, según dice, tranquilamente, Dan.

A las diez de la noche me encontraba en Tel-Aviv, apurando mis últimos momentos en Israel, lejano en horas de vuelo, pero cercano por tantos lazos espirituales; país lleno de contradicciones y misterios, pero amado más que ninguno por nosotros por ser tierra que repite el eco de las palabras de Jesucristo y guarda los vestigios de sus divinas huellas.

Tel-Aviv — Roma — Barcelona

27. *Miércoles*. — A las seis de la tarde, vía Roma, llegaba el avión de Iberia al aeropuerto Muntadas y terminábamos felizmente el periplo emprendido.

Parfraseando a Mosén Cinto, permita Dios que atravesemos el espacio de la vida y libres de todas sus tempestades, con igual felicidad lleguemos al aeropuerto de la Patria celestial.

J. M.^a MARTÍNEZ-MARÍ

ENTRE LOS YANQUIS Y EL SOVIET

La «revolución que despierta esperanzas» (Adlai Stevenson) y la ayuda a los países subdesarrollados

Una de las más desoladoras comprobaciones que el espectáculo de la vida internacional nos ofrecía día a día —y el motivo más fuerte para un cruel pesimismo— es el desconcierto, la desproporción de reacciones y lo inadecuado de los expedientes con que se afrontan los más graves y urgentes problemas. Un ejemplo de este desenfoco general y algunas de sus peculiares anomalías vamos a examinarlas en el presente trabajo.

La política económica dinámica del presidente Kennedy

En la última reunión celebrada por los países de la Organización Europea de Cooperación y Desarrollo en París se ha planteado la propuesta del presidente Kennedy de crear una Comunidad Atlántica para enfrentar en política económica la doble maniobra soviética de dividir a los países industrializados de Occidente y captar a los países subdesarrollados. En la línea de la primera amenaza, el presidente norteamericano trata de impulsar al mundo libre a adoptar una política económica dinámica, fijándose un objetivo preciso al desarrollo económico para los próximos años. Según esta propuesta los veinte países miembros de la citada organización deben fijar en un aumento del 50 por ciento su desarrollo económico entre 1961 y 1970 para elevar de esta forma su renta nacional bruta de 900.000 millones de dólares a un billón 350.000 millones de dólares. Según el método de cálculo esto representa una tasa de crecimiento que va de 4,2 a 4,6 por año. Ahora bien, teniendo en cuenta que los Estados Unidos no han podido realizar desde el final de la guerra un progreso superior al 3,5 por ciento, resulta que el esfuerzo propuesto por Kennedy para todo el bloque atlántico es enorme, aunque

el propio presidente indica que su país está en condiciones de acelerar su progreso hasta alcanzar un 4,5 por ciento anual. Como término de comparación servirá el fijarnos en que el IV Plan francés de Expansión (1962-65) ha fijado una tasa anual de expansión del 5,5 por ciento. En los medios oficiales norteamericanos se admite que existe una relación entre su deseo de acelerar el dinamismo económico del mundo libre y sus esperanzas de negociar eventualmente amplias reducciones aduaneras con el Mercado Común. Se postula, pues, una mayor liberalización del comercio, tanto norteamericano, como de sus aliados europeos y una renovación de tensión productiva por parte de la industria y de todas las actividades económicas del bloque.

Este plan en su estricta dimensión económica ha sido estudiado desde hace varios meses por Samuel Fisar, asesor del Comité de Comercio Exterior del Senado y miembro del Centro de Investigaciones rusas de la Universidad de Harvard, de donde proceden gran parte de los actuales consejeros de Kennedy.

El nuevo plan obedece tanto a exigencias del comercio exterior norteamericano, como a la proyección total de la vida económica del mundo libre. Los Estados Unidos han examinado con cierta alarma el nivel del comercio que algunas potencias occidentales mantienen con Rusia; se refieren especialmente a Gran Bretaña, Alemania Federal, Francia e Italia y estiman que la competencia por este comercio divide a los aliados anticomunistas y despierta celos en los propios Estados Unidos. Washington por su parte extiende sus negocios hacia las nuevas naciones y países subdesarrollados de Asia, Africa y América española, moviéndose con prisa y a conciencia de que deben homogeneizar este comercio con los países occidentales para el doble objetivo de dar al bloque occidental mayor poder de regateo con los soviets y superar a éstos en la cooperación con los países subdesarrollados cuya dependencia de Moscú esperan reducir de

este modo. En suma que en el plano económico es donde siente Washington la necesidad de una política más coordinada y orientada por vez primera a enfrentar de lleno el reto soviético.

El desafío de la prosperidad

Existe evidentemente en los Estados Unidos una especie de "fascinación de la prosperidad" de la que esperan los éxitos más sensacionales y en esta perspectiva inspiran las actuales directrices de política dinámica para todo el bloque atlántico. Pero hay también una razón o una preocupación de carácter nacional que *no podemos dejar de lado y es la siguiente*. Washington comprueba que los países europeos y africanos ligados a aquéllos representarán pronto una imponente potencia económica. Esta potencia dominará sobre una zona comercial más extensa y sobre poblaciones más numerosas que las de los Estados Unidos. Ahora bien, si algún día la Europa nueva decidiese vivir en compartimiento estanco, los dos grandes bloques occidentales podrían sentir la tentación de entregarse a una guerra aduanera suicida. Si en cambio adoptan el principio del intercambio y de la cooperación se abrirá ante ellos un período de prosperidad sin igual y las potencias industriales del mundo libre podrían enfrentarse al "desafío soviético" en la seguridad de frustrar sus proyectos de prevailecimiento económico.

Sin insistir más en este plan puede legítimamente plantearse el siguiente problema teórico: ¿qué pasaría si como consecuencia de este desafío y del bloqueo económico la Comunidad Atlántica lograra vencer al empeño económico soviético y reducirle al hambre, la miseria, o por lo menos a graves tensiones interiores, como consecuencia de semejante guerra económica? Evidentemente, no hay más que una respuesta: que el mundo libre tendría el deber de reparar los daños causados por su propio dinamismo eco-

nómico y subvenir a las necesidades de los países arruinados por ellos mismos. En suma: el juego estéril de reparar las ruinas causadas por una política frívola o por lo menos inadecuada.

Se impone renunciar a pensar con mentalidad de saqueo

Es aleccionador a este respecto la reacción de gran parte de los países hispanoamericanos ante los planes de Washington de promover la ayuda al subdesarrollo que estos países padecen. Entienden ellos que esta ayuda no es desinteresada, sino que se estimulan por la explosión demográfica de tales países con un índice mayor de crecimiento demográfico que el de cualquier otra parte del mundo, incluida Asia y un mercado potencial que crece al ritmo de 1.450 consumidores por hora. Los países hispanoamericanos desearían verse tratados con un verdadero espíritu de comprensión fuera del interés mercantil manifiesto; pero entretanto las ayudas que se les ofrecen y las prometidas lejos de impulsarlos a unirse al bloque político del Occidente, los tientan hacia la oposición o en todo caso hacia el neutralismo, que es un estadio previo. Desearían verse tratados con espíritu de comprensión y que se les ayudara renunciando plenamente a la mentalidad de saqueo. Si consiguieran esto es probable que el mundo viera nacer la fuerza política más formidable que haya conocido la Historia porque junto a los valores esenciales que guarde el Occidente aparecería una potencialidad física tan formidable como la anterior, capaz por sí sola de disuadir definitivamente a los Soviets y a sus amigos de intentar una "civilización" marxista por medio de las bombas atómicas.

El capitalismo en la URSS

Con el fin de quitar a este artículo hasta la más leve apariencia de prejuicios condenatorios del "capitalismo", que podría inducir por reacción refleja a "dar la razón" a la "parte contraria", creo oportuno señalar también algunas anomalías de capitalismo en su más recusable

sentido peyorativo dentro de la Unión Soviética. Se han publicado en la prensa crónicas firmadas por Helen Zoto bajo el título de "Inmoralidad en las altas esferas del Kremlin" en las que se ofrecen datos impresionantes sobre la forma como se enriquecen los políticos y dirigentes rusos mientras el pueblo muere de hambre. Ya se ha denunciado que los mariscales del ejército, los científicos y escritores y artistas forman la nueva clase millonaria. En el mismo sentido ha escrito graves denuncias el escritor yugoslavo Milovan Djilas. Voy a extractar algunas de las "revelaciones" de estos artículos: "Nikita Kruschef, máximo dirigente de la Unión Soviética, además de las riquezas inherentes a su cargo goza de un salario anual de 250.000 dólares que todavía constituyen sólo una parte muy pequeña de sus ingresos reales, pues es dueño de todo lo que desee sin costarle un centimo. Esto le permite disfrutar una serie numerosa de villas y palacios zaristas como difícilmente podría conseguir ningún otro potentado fuera del mundo soviético. El servicio al partido comunista en sus más altas jerarquías está pródigamente remunerado y sus dirigentes forman una nueva clase de millonarios a la que pertenecen asimismo los mariscales del ejército, los jefes de las granjas colectivas, los científicos atómicos, algunos escritores, estrellas cinematográficas, bailarinas de «ballet». Estos millonarios hacen ostentación pública de sus riquezas, sin que exista ninguna forma de presión social, por la prensa, por ejemplo que los reduzca a la moderación o a reserva". El compositor Dimitri Shostakovich ha dicho recientemente: "Yo escribo y el Gobierno se encarga de pagarme". Este compositor ha conseguido ya varios premios "Stalin" totalmente libre de impuestos y con un valor que oscila entre el equivalente de 25.000 y de 75.000 dólares. Por cada sinfonía recibe del Ministerio de Educación el equivalente a unos 10.000 dólares aparte de cantidades elevadísimas de derechos sobre las mismas composiciones. Otro músico de la clase de los millonarios, es Aram Khatchaturian, autor de "La danza del sable", por la que ha recibido varios premios "Stalin", percibe un sueldo del Ministerio de

Educación y cobra derechos elevadísimos por sus interpretaciones en los Estados Unidos. Naturalmente, los ingresos de estos "artistas del pueblo" están exentos de toda clase de impuestos. Se agrega también a la serie de los músicos millonarios el compositor Dimitri Kabalevesky, el pianista Emil Gilels y el violinista David Oistrakh. El llamado en Moscú "rey del Jazz", Leonid Utyosov, declara en relación con sus ingresos y de su hija Edith, vocalista de su orquesta: "Nosotros estamos teniendo mucha suerte. Yo gano unos 40.000 rublos (10.000 dólares) al mes, y Edith, unos 10.000 rublos (2.500 dólares)".

Los escritores dedicados a glorificar "la institución del socialismo" son todavía mejor pagados. El novelista Mijail Solojov, autor de "El silencioso Don" ha publicado de esta obra 121 ediciones en 55 idiomas distintos y percibe el 40 por 100 de cada edición. Ilya Ehrenburg, considerado como "jefe de la política cultural de la Unión Soviética" y definidor de la "línea" literaria del partido y Konstantin Simonov cobran durante la época más dura de la "guerra fría", un salario anual de 200.000 dólares por hacer propaganda antinorteamericana. A estos ingresos se añadían los premios frecuentes y los derechos de autor. Simonov, despilfarrador ostentoso, presume de que cada día entrega a su ama de llaves para gastos de casa el equivalente de 250 dólares. El dramaturgo Alexander Korneichuk por exaltar en sus obras la política agrícola de Kruschef obtiene unos ingresos que le han introducido de lleno en la clase de los millonarios rusos. El director cinematográfico Georgi Alexandrof gana 1.000 dólares por día más 5.000 dólares semanales como profesor del Instituto Cinematográfico. Su esposa la actriz Lubov Orlova obtiene también cuantiosos ingresos que permiten al matrimonio disfrutar de un yate, tres automóviles y un avión cuatrimotor. La primera bailarina del teatro Bolshoi, Galina Ulanova cuenta con una fabulosa cuenta bancaria, de tales proporciones que los informadores declaran que no es posible "estimar el total de su fortuna".

El primer vicepresidente del Consejo de Ministros soviético, Anastas Mikoyan y su hermano Artyom

perteneciente a las Fuerzas Aéreas, disponen de fondos ilimitados, de los que gastan con tales excesos que Artyom se ha hecho famoso en Rusia por su "liberalidad" con las mujeres, en el juego y en las fiestas, sin que nadie se haya atrevido a ponerle coto a tales despilfarros, ni siquiera se le haya censurado en lo más mínimo. A toda esta serie de potentados de la nueva clase capitalista rusa hay que agregar los nombres de grandes magnates de la industria o de promotores de alguna rama de desarrollo técnico ruso, como son Andrei Tupolev en la industria aeronáutica; Alexander Nesmeyanov, presidente de la Academia de Ciencias soviéticas que goza de un salario de 7.500 dólares mensuales aparte de otros sueldos como profesor, escritor e investigador particular. No se saben cuáles son los ingresos de Peter Kapidza, considerado "héroe de la Unión Soviética" y hombre clave en el desarrollo de los programas atómicos rusos, al igual que el otro físico Igor Kurchotov, A. A. Blagonravov, experto en proyectiles intercontinentales así como el profesor Dimitri Blojintsev, encargado de construir las llamadas "ciudades atómicas" de la Unión Soviética. En resumen digamos que en la Unión Soviética, patria del proletariado, no existe ninguna ley que limite la cantidad de dinero que uno puede tener, si es que el régimen le permite tenerlo.

En general sus millonarios pueden disfrutar de todas sus riquezas sin que nadie les moleste, mientras que el pueblo está sometido a las mayores privaciones y, en todo caso, a un severo y agobiante control.

Tras de este ejemplario de "capitalistas" rusos no hay que explicar qué sentido tiene en la propaganda soviética contra los manejos político y económicos del bloque occidental la palabra de "capitalismo", que constantemente le disparan.

El concepto de subdesarrollo

Como la Unión Soviética y el bloque occidental parecen dispuestos a competir hasta el último esfuerzo por atraerse a los países subdesarrollados hacia la propia órbita política, es oportuno delimitar el concepto de "subdesarrollo", que resuena incesantemente en el diálogo polémico de los dos bloques. En general el término en el análisis marxista significa tanto como "empobrecimiento general" y en el capitalista se tienen en cuenta numerosos criterios, tales como elevada mortalidad, elevada natalidad, poca higiene, analfabetismo, subalimentación, bajo consumo de energía, elevada proporción de agricultores, subempleo, inferioridad de la condición femenina, trabajo de los menores y por último relativamente baja renta nacional por persona. Incluso se señalan los cien dólares por persona

de ingresos anuales como criterio de subdesarrollo.

Hay una notable coincidencia entre el capitalismo y el comunismo en su relación con los países subdesarrollados en cuanto a que aparte de las ayudas que les prestan, provocan la baja del precio de las materias primas que estos países producen, causándoles con esto un daño no compensado con las ayudas ofrecidas o entregadas. En general los capitalistas y los comunistas dominan el área de los países subdesarrollados con las prácticas de su propio comercio internacional.

Sin riesgo de fallo puedo terminar este comentario señalando que en el plano moral ninguno de los dos bloques lleva ventaja en cuanto al trato a los países subdesarrollados y en cuanto al bloque de los países libres hay que lamentar que no se afronte la competencia con el comunismo con una vuelta a las fuentes espirituales de las que ha brotado la llamada cultura occidental. Todo lo que no sea recobrar las fuerzas de renovación cristianas de esta cultura es reñir una batalla perdida, porque la victoria comunista o capitalista en la competencia de ayuda a los países subdesarrollados "para explotarlos mejor" y consolidar las propias posiciones se traducirá en una derrota cristiana fatalmente. Y los frutos de esta derrota, sólo el comunismo sabe aprovecharlos.

JESÚS SÁINZ MAZPULÉ

NOVELA SOCIAL Y NOVELA SOVIETICA

A menudo — es de todos sabido —, la literatura social — la actual literatura social — está claramente al servicio de ideologías políticas. Pero, así como sería candidez ignorarlo, caería en el extremo del recelo quien identificara fácilmente con partidismos todas estas formas de expresión.

Puede un escritor cultivar el género espontáneamente. Y surge entonces la novela como expresión del mundo social, de la circunstancia. Tenemos, entre los ejemplos de esta tendencia, al americano John Dos Passos, autor de *Manhattan Transfer*. Su novela es puro testimonio de sociedad, y no hay que buscar su raíz en actitudes, creencias o prejuicios. La obra brota de la misma realidad viva de los Estados Unidos, o de la vida movida, múltiple y desconcertante de Nueva York. El país crece

con gigantesca velocidad. En la ciudad — como escribe Leopoldo Rodríguez Alcalde (1) — "hombres y mujeres de todas las clases sociales entrecruzan sus historias, aman y sufren, viven sus grandes y pequeñas tragedias sobre el decorado trepidante de Manhattan; y estas figuras no encarnan tesis ni prototipos: proceden simplemente de una selección que el novelista ha realizado, con acierto seguro, en el implacable revoltijo de la ciudad inmensa. Cuadro de una época, desde luego, pero al mismo tiempo cuadro de cualquier época por la altura humana de los personajes, por su respiración de seres vivos que

(1) Leopoldo Rodríguez Alcalde: "Hora actual de la novela en el mundo", Taurus.

parecen moverse por sí solos, sin la mano tiránica de un autor, lo cual es caso cada vez menos frecuente en la literatura social".

No podría tampoco considerarse lo social en su aspecto tendencioso en la obra de Cesare Pavese, el novelista italiano evocador de los complejos del mundo rural, ni tan siquiera en la de los católicos Van der Meersch o Gilbert Cesbron, pese, sobre todo en el último caso, a las tintas negras con que se recargan los contrastes entre las distintas zonas sociales.

El tema — de plena actualidad — ha impregnado sus páginas. Pero una amplia y generosa vocación de humanidad, las ha liberado del fácil maniqueísmo, el cómodo esquema de "película del oeste", a que se ha referido con razón la crítica. Esta última modalidad de novela, la que sirve realmente — con conciencia o sin ella a los fines de la propaganda comunista, se caracteriza por una división ingenua de la humanidad y la vida en dos zonas diametralmente opuestas e inconciliablemente separadas, la del bien, en que todo es bueno, creación del mito del proletario en estado de inocencia, y la del mal — absolutamente malo y corrompido — con la evocación de lujosos barrios residenciales donde no hay que adivinar la menor generosidad ni el más mínimo sacrificio.

La simplicidad de este maniqueísmo moral, se complica si atendemos al concepto de felicidad. Para estos escritores, la felicidad como la desdicha tienen sus zonas, viven como en compartimientos estancos: no hay un asomo de dicha en los barrios del inframundo, así como el mundo de los afortunados se caracteriza por una fruición sin la menor arruga.

Pero el concepto de novela social, es mucho más amplio. Ante todo, novela social se opone a novela individualista. De ser un hombre el protagonista, ha pasado a serlo toda una colectividad. El novelista observa el movimiento, el desarrollo, las reacciones de las masas. En la raíz de esta tendencia, de intenso sabor actual, se halla, claro, la obra del naturalista francés Emilio Zola.

Quizá por ser el país donde de una manera más dilacerante se han manifestado los signos del mundo moderno, con la rápida masificación del pueblo dominado por la propaganda, la técnica y la publicidad, Estados Unidos ha producido una floración abundante de obras de este género. Upton Sinclair, denuncia de las oligarquías dominantes; Elmer Rice, autor del *Viaje a Purilia*, excursión socarrona por el mundo del cine; Scott Fitzgerald, Marquand, Theodor Dreiser, con *Una tragedia americana*, o John Dos Passos, de quien hemos ya hablado...

Howard Fast, antiguo militante comunista desengañado de su ideología, nos ha dejado algunas novelas en

que se acusa claramente la tendenciosidad política. En su *Infancia en Nueva York*, como en *Los unidos y los libres*, se revela una visión triste y pesimista de la vida, en que de vez en cuando, como rayos de luz, afloran efluvios de esperanza y de optimismo.

Dignos de mención son Sinclair Lewis, autor de *Babbitt*, crítica de la burguesía; John Steinbeck, con *Vías de la ira* y *La fuerza bruta*, obras de impresionantes pinceladas, en cuyas turbias ondas no deja de latir la esperanza en la bondad del corazón humano; y Erskine Caldwell, con *La pequeña granja de Dios* y *El camino del tabaco*, escritor realista, crudo y sarcástico.

El ejemplo de Norteamérica me parece el más significativo. Pero todos los países occidentales han aportado su grano de arena, y bastante más que eso, a la novela social. Alemania, con su generación de la primera postguerra, que produjo obras como *Berlín, plaza de Alejandro*, de Alfred Döblin, o *La calle sin alegría*, de Hugo Brettaver; Italia, que había de crear el neorealismo cinematográfico, y cuenta con novelistas que se remansan en la contemplación dulce de los barrios pobres y las gentes mediocres — pensemos en Pratolini o en Marotta —; Francia con Ferdinand Céline, *Viaje al límite de la noche*, y el poeta Aragón, autor de un ciclo novelesco titulado *Los comunistas...*

Este género, tendencioso a veces, pero otras fruto espontáneo del ambiente, que tiene también magníficas muestras en la literatura española, ocupa — paradójicamente —, el polo opuesto a la novela soviética.

Es cierto que, a veces, la novela social puede servir de escabel a las aspiraciones comunistas. Pero no lo es menos que el escritor que se goza en los ambientes de un desgarrado realismo, barrios tristes y pesarosos, con un eco de las novelas picarescas españolas, difícilmente se amoldaría, si llegara el caso, al bonachón y acartonado realismo soviético.

Este, del que Pasternack huyó por la puerta luminosa de la poesía, ha sido comparado por algunos maliciosos intelectuales de occidente, con el arte de las novelas edificantes. La moral socialista, dominada por la obsesión del desarrollo material, aparece codificada y sintetizada, como en fábulas cuyos protagonistas fueran los *koljoses*, las máquinas y los tractores, en novelas de un extraño optimismo humano y un pragmatismo insostenible. El escritor tremendista, o enamorado del humo barriobajero, de los contrastes y los tonos grises de las calles suburbiales, del mundo de las chozas y las tabernas, difícilmente se conformaría, como alguno de sus colegas soviéticos, a narrar la construcción de un oleoducto o el proceso de la cosecha del hijo.

FRANCISCO SALVÁ MIQUEL



Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION

Enero - 1962

GENERAL: Que la preparación del Concilio Ecuménico se haga con suma diligencia.

MISIONAL: Que el Concilio Ecuménico difunda la luz de la verdad del Evangelio también en el mundo no cristiano.

REDACCION: Lauria, 15, 3.º - Telf. 221 27 75. ADMINISTRACION: Diputación, 302, 2.º - Telf. 222 24 46